This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

PROPERTY OF
The University of Michigan Libraries
1817
ARTES SCIENTIA VERITAS

Con cariño Santiago

Mi nieto, el autor

Afonso Henriques

Dec 24/87

LEY SOCIAL

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Poesías (1878-1880).
Nuevas Poesías (1880-1881).
Reflejos.
Varias Poesías.
Estudios Literarios.
Lavinia (poemita).
Impresiones (recuerdos de viaje).
Poesías (1878-1885), 2ª edicion.

MARTIN GARCIA MÉROU

LEY SOCIAL

BUENOS AIRES
FÉLIX LAJOUANE, EDITOR
LIBRAIRIE GÉNÉRALE
51 — CALLE PERÚ — 53
1885

868
G21835 le

736264-190

....

Ah ! malheur à celui qui laisse la debauche,
Planter le premier clou sous sa mamelle gauche !
Le cœur d' un homme vierge est un vase profond !,
Lorsque la première eau qu'on y verse est impure
La mer y passerait sans laver la souillure,
Car l' abîme est inmense, et la tache est au fond!....

A. DE MUSSET.—*La coupe et les lèvres.*

....

LEY SOCIAL

I

Una brisa cortante arremolinaba las nubes en el espacio, cuando Marcos descendió de su elegante berlina en la puerta del *Teatro de la Comedia*. El vestíbulo rebosaba; una animacion estraordinaria, una atmósfera cargada, espesa, asfixiante, le hizo detenerse en el umbral y despojarse de su abrigo de pieles, dejando descubierto su irreprochable frac, en cuyo ojal se destacaba una gardenia, ajada y amarillenta. La multitud compacta y

bulliciosa se agolpaba en aquel paraje. Al ruido de los carruajes que llegaban rápidamente, depositando su preciosa carga en la puerta del teatro, y partiendo á ocupar su puesto de órden en la larga fila que ya se había formado,—se unía el murmullo de las conversaciones y el estruendo de las risas. El humo de los cigarros envolvía todos los objetos en una neblina azulada que aterciopelaba la roja lengua de los mecheros de gas. Un vaiven incesante, una corriente contínua de concurrentes al baile de máscaras de esa noche, el último de la temporada, se había establecido despues de las doce. Los *dominós* negros precedían á las *chulas* esbeltas, debajo de cuyos pañuelos de manila y faldas humildes, se adivinaban las formas elegantes de algunas reinas del lujo y de la moda. Las parejas, después de tomar sus billetes en el despacho, pasaban entre una doble fila de curiosos agrupados para detallar los mejores productos de aquella vasta mercadería humana. A su paso estallaban

originales observaciones. Felizmente, la abundancia de público, y la rapidez con que se sucedían las unas á las otras, no dejaba mucho lugar á los comentarios. Los acordes de la orquesta, ahogados en un vasto murmullo de voces, gritos, carcajadas, conversaciones, ruido de pisadas y choque de vasos y botellas en los pasillos superiores, llegaban por ráfagas hasta aquel punto, unas veces con mayor claridad, otras casi imperceptibles. Eran ya las tres de la mañana y todo anunciaba ese período álgido en que la alegría se une al libertinage, en que las manos se estravían en los contornos macizos de la compañera de wals, y los cuerpos jadeantes dejan ver tesoros ocultos; hora, en fin, de los grandes atrevimientos y de las grandes concesiones.

Despues de haberse aclimatado durante un minuto á aquella temperatura estraña, Márcos dejó su abrigo en el guardaropa, y levantando la espesa tapicería que cubría la puerta principal de entrada, penetró en el salon. Allí tuvo que dete-

nerse nuevamente por la afluencia de máscaras, las oleadas y el tumulto. En los palcos del centro, frente al escenario, la orquesta dejaba oír los compases de una pieza que, á juzgar por un enorme cartel colgante, debía ser una *mazurka*. En realidad, eso era bien indiferente á aquellos frenéticos danzantes, pegados á su pareja hasta formar un solo cuerpo, con el sombrero echado hácia atrás, la corbata floja ó desprendida, las pecheras húmedas y arrugadas, las bocas secas y las miradas ardientes. Márcos, como buen conocedor del terreno que pisaba, paseó la vista por todos los ámbitos del teatro, esperando el fin de la pieza para recorrer detenidamente aquella especie de pandemonium alegre.

—Hola! le dijo su amigo Eugenio Montejo, que pasaba por su lado, dándole un golpecito en el hombro—Qué pensativo estás. . . . !

—Por el contrario!—contestó volviendo el rostro y haciéndole una seña cariñosa con la mano—Llego en este momento y veo quiénes hay por aquí.

—*Nous sommes au grand complet!*— Si quieres venir á tomar una copa con nosotros, te advierto que estamos en aquel palco. Hasta la vista.

Y se internó en la confusion abriéndose paso á fuerza de codazos y de empellones vigorosos, mostrando á Márcos un palco entresuelo de donde salía un coro de alegres carcajadas.

Efectivamente, nada faltaba aquella noche. La alta banca, la aristocracia del dinero, que es siempre la mas poderosa, se codeaba con la aristocracia de la sangre, representada por algunos producto s enfermizos, restos de razas fuertes empobrecidos y aniquilados por el placer. Allí se veían, periodistas, artistas, políticos conocidos, *sportmans* y *clubmans* de pública notoriedad. Las mujeres á la moda, muchas de ellas con el rostro descubierto, paseaban del brazo de sus amantes, repartiendo sonrisas y epígramas y recogiendo lisonjas. Los palcos se veían ocupados en su mayor parte por la juventud dorada de los salones que salía de

algun recibo de moda con los últimos acordes del *cotillon* en el oído, é iba á concluir la noche buscando con quien cenar. En uno de ellos, una *Peau d'Ane* de escasas formas, con medio cuerpo fuera de la barandilla, llevaba el compás con un enorme abanico rojo y acompañaba su movimiento con chillidos penetrantes. Márcos sonrió débilmente al reconocer en ella uno de tantos amores que, al contrario de la rosa del poeta, había vivido el espacio de una noche en su corazon. Las cortinas corridas ocultaban los antepalcos que dejaban adivinar muchos misterios apasionados y de donde salía, de cuando en cuando, alguna máscara con los cabellos en desórden, ó con una copa de champagne en la mano. Desde el salon á las galerías se establecían diálogos animados, invitaciones aceptadas ó reclamaciones de promesas echadas en olvido. En el centro había un gran grupo perpétuamente renovado que contemplaba á las mujeres, animadas por el calor de la sala y las bebidas. Quedaban

pocas caretas; la mayor parte de las pelucas blancas habían desaparecido, dejando ver opulentas cabelleras graciosamente arrolladas formando una especie de cimera. El bullicio era aterrador. Los saludos, las protestas, las palabras escabrosas, las reclamaciones á voz en cuello, las sátiras mas violentas, los llamamientos y los brindis, se cruzaban como un fuego graneado en la sala, en los palcos, en los corredores. Aquel cuadro original estaba bañado en una especie de bruma luminosa, y los implacables mecheros despedían la luz en chorros cálidos y silbantes. Toda aquella multitud hablaba, reía, circulaba al mismo tiempo, hasta que el director de orquesta se ponía nuevamente en pié, el cartel colgante anunciaba un wals ó una polka, y los bastoneros empuñaban su pesado cetro, rompiendo de golpe los instrumentos discordantes, acompañados en breve por toda aquella turba excitada, jadeante por el calor, el amor y la bebida.

En aquel instante las miradas de Már-

cos se fijaron en un estremo de la sala, y, apesar suyo, dejó escapar un gesto de sorpresa. Allá había un grupo compuesto de dos mujeres y tres hombres. Las mujeres llevaban dominós negros y tenían las caretas en la mano. Una de ellas, había pasado ya de los treinta años; su rostro no ofrecía nada resaltante; sus ojos eran pequeños y animados, su boca vulgar, su cuerpo sólido y bien construido. Los pliegues del dominó dejaban adivinar un seno prominente y unas anchas caderas vigorosamente acentuadas. Su compañera, por el contrario, era estremadamente hermosa. Una masa de cabellos negros y brillantes, graciosamente recojidos atrás, hacía resaltar más la trasparencia de su cutis blanco, ligeramente sonrosado por la agitacion de la fiesta. Sus ojos espresivos despedían una luz deslumbradora. Su nariz perfectamente delineada era fina y elegante; su boca algo grande, aunque del más correcto dibujo,—tenía contornos suaves y voluptuosos que dejaban ver una doble fila de

dientes blancos é iguales; una de esas bocas húmedas, frescas y sonrosadas, espresivas, imperantes ó desdeñosas, que dominan y esclavizan, que desopilan y matan. Era más bien alta que baja y sus formas redondeadas y carnosas, al mismo tiempo que elegantes, hundían el alma en una vaga soñolencia y evocaban en los sentidos el presentimiento de mil placeres ignorados. Ambas tenían una larga historia mil veces narrada en todos los corrillos; pero miéntras la primera estaba en el principio de su decadencia y veía alejarse paulatinamente sus antíguos adoradores, como los cortesanos de un trono que bambolea, la otra por el contrario, se sentía omnipotente y admirada, se encontraba en fin, en esa cúspide á que llegan las mujeres de su clase, cuando están en la plena posesion de sí mismas, conocedoras del modo de esplotar esta mina inagotable, el hombre, suficientemente frías para sacrificar todo á sus cálculos y bastante hermosas para despertar voraces apetitos. Ninguna se estaciona

en este momento supremo. Arriba, está el casamiento que les dá un nombre y les abre las puertas de la sociedad que las ha escluido; abajo, las dificultades, la vejez, el hospicio, ó un número de ese gran rebaño anónimo que sale por la noche, hambriento y desgreñado, con los pómulos rebocados de almidon y colorete, á reclutar adoradores en las encrucijadas oscuras.

Márcos observó con interés á los hombres que las rodeaban. El más jóven de ellos, era una variedad de ese tipo infinito del *petit crevé* que abunda tanto en la sociedad moderna; grandes ondas de pelo negro, cuidadosamente rizadas sobre una frente deprimida; ojos verdosos, insignificantes y apagados, con el infatigable *lorgnon* que obliga á hacer una mueca constante; frac de Poole de la última correccion académica; una enorme flor roja en el ojal; corbata de lazo irreprochable sujeta con dos alfileritos de oro con herradura pequeña de rubíes; camisa en cuya pechera resaltaba una perla rodeada de

brillantes, anillos en profusion, zapatos de charol que descubrían la media de seda negra; estiramiento, movimientos automáticos, y en toda la persona esparcido un vago aire de imbecilidad incurable.

A su lado se hallaba el antíguo *dandy*, José Roda, célebre por su aficion á los caballos y sus conocimientos hípicos, dilapidador de una fortuna considerable, al servicio de un aristócrata rico que le hacia ganar un sueldo miserable. Recordaba su antíguo esplendor en el cuidado meticuloso de su persona y en su porte distinguido y elegante. Tenía cerca de sesenta años; su barba, casi del todo blanca, esmeradamente rizada, le daba un aire respetable que él borraba con la ligereza de su conducta y con sus amistades juveniles. Era el amante de la mas vieja de las dos amigas, conocida con el nombre de Petra. Su compañera, Rosa del Monte, no tenía señor por el momento. Regresaba de un puerto de mar donde el último de sus amantes se había embarcado para América, ese postrer recur-

so de calaveras perdidos y comerciantes quebrados. A su lado había un personage grueso, de fisonomía vulgar y antipática, con grandes ojos saltones y redondos como bolas de lotería, con un vientre prominente, y un aire de orgullosa satisfaccion. Debemos añadir que era uno de esos amantes eternamente condenados á pagar, y á ser engañados por *el otro*, el Adonis gratuito, el eterno invitado á los festines del amor, que encuentra el cubierto puesto y la mesa preparada á cualquier hora del día y de la noche. Se le conocía por el nombre de Ricardo Roberal.

Márcos después de examinar con profundo interés aquel grupo que parecía tomar reposo para lanzarse en el torbellino del baile, se dirijió á su amigo Montejo, que estaba allí cerca, buscando como el halcon la presa codiciada, y, señalándoselo, le preguntó:

—Conoces tú á aquellas mujeres?

—Como á mí mismo, querido—contestó Montejo, despues de orientarse por la direccion que le dió Márcos.

—Como he estado tanto tiempo en el estranjero, no estrañarás mi pregunta.

—Nada de eso, Márcos; además, te advertiré, que escepto aquel pavo real que mira con el lente, los demás no son muy populares. El viejo, es un ex-hacendado, un ex-sportman, un *declassé* que vive de sus antíguas relaciones y actualmente se ha ligado con Petra creyendo que ha robado una Sabina. El mas grueso acaba de llegar de Filipinas con algunos miles de duros, conseguidos Dios sabe por medio de qué mañas, y disminuidos por haber tenido que tapar la boca á algunos administradores curiosos. Trata de conquistar á Rosa para que le ayude á gastar alegremente su capital y le jure una pasion digna de Julieta, hasta que lo vea con el último centenar de duros, en cuyo día hallará que su amante no sigue los preceptos de la higiene, etc., etc. . . . Materia de esplotacion.

—De manera que tú la tratas?

—Personalmente, poco. Me fué presentada hace algunos dias en *Lara*, pero

no he cambiado con ella sino algunas palabras.

—Eso no importa. Te ruego me la presentes. Desde hace ya algun tiempo conozco de vista á esa mujer y he tenido una especie de fatalidad para hablarla. Quiero jugar el todo por el todo.

—Con muchísimo gusto. Pero te advierto, que es mujer que tiene «mala sombra». De sus tres últimos amantes, el primero huyó á América completamente arruinado en la Bolsa; el segundo duró ocho días y perdió en el club nueve mil duros; el último acaba de ser condenado con costas en un pleito importante.

Márcos se llevó la mano á la corbata para cerciorarse de que estaba convenientemente atada, y se disponía á seguir á su compañero, cuando se sintió llamado por una voz dulce que lo hizo detenerse entre asombrado y confuso. Una máscara vestida de *chula*, con un riquísimo pañuelo cayéndole hasta los piés, y con el rostro cuidadosamente oculto por una careta de raso blanco, le hizo señas de que la si-

guiera. Despues de disculparse en breves palabras con Montejo, Marcos se acercó apresuradamente á ella, la ofreció el brazo y juntos se internaron en los corredores.

II

Márcos Villamar, tenía treinta años. Era uno de esos hombres que, sin belleza esterior, se hacen simpáticos por su arrogante presencia y por cierto aire viril é inteligente esparcido en toda su persona. Desde muy jóven se había encontrado sólo en el mundo. A los quince años terminó sus primeros estudios; era dulce, tímido y su melancólica seriedad infundía interés y cariño. Sin haber sido un modelo, salía de sus clases con conocimientos suficientes para emprender con fruto cualquier carrera científica. Nunca había

manifestado un escesivo amor al estudio, pero la viveza de su imajinacion y la rapidez de su inteligencia suplía en él la falta de asídua labor. Mostró una decidida aficion literaria, que despues de algunos ensayos juveniles, hizo sonar su nombre envuelto en elogios y en aplausos. Audaz, vivo y ambicioso, encerrado en aquellos cláustros frios, no conocía nada de la vida, pero sus lecturas le habían descorrido una gran parte del telon que cubre la *Comedia humana.* Apasionado de Balzac, de Jorge Sand, lector asíduo de Alfredo de Musset, espíritu amamantado desde temprano en los tormentos psicológicos de Werther, de René y de Oberman, sentía ya el mal del siglo antes de ser hombre y había sufrido con penas imaginarias antes de sufrir con las propias. En aquella época, deseando viajar, se dedicó á la carrera diplomática.

Imposible sería describir las impresiones de aquel ser, educado en el calor de un hogar pequeño, inocente y puro aunque ávido de probar todas las sensaciones y

de beber en todas las copas, al encontrarse libre, dueño de sus acciones, en un pueblo lejano y desconocido. Hasta entónces todas sus aventuras se reducían á un amor puro y casi ignorado por la mujer que lo inspiraba, en esa edad en que el corazon rebosa de cariño y en que busca ávidamente alguien á quien colocar sobre los altares de su misterioso santuario. Fuera de eso, su juventud había sido mas pura de lo que es en la generalidad de los hombres de nuestra época. Pero él tenía la curiosidad de todas aquellas sensaciones, tantas veces presentidas con escalofrios de voluptuosidad, la ambicion indomable de sondear todos los misterios de la vida, de amar y de sufrir, de conocer esas felicidades que solían dejarlo pensativo con un libro en la mano y la mirada errante, y todas esas amarguras, cuyos gemidos resonaban en las estrofas de Byron y de Musset. Soñaba con poseer el corazon de una mujer vírgen, con esos paseos solitarios en que el alma habla al alma y en que los sentidos se encuentran subyugados por una calma in-

finita, con el nido tranquilo en que las horas resbalan dulces, entre caricias incesantes y placeres adormecedores. Y todo esto no bastaba á su ambicion. Quería sentir tambien horas luctuosas y heridas abrasadoras; arrojarse al torbellino del mundo, calentar entre sus brazos ávidos de amor el pecho helado de las cortesanas, conocer por esperiencia el hastío de la sensualidad. Imaginaba que en aquellas emociones, en aquel mundo cuyos écos llegaban disfrazados á sus oidos, él iba á encontrar vetas de oro inagotables, horizontes inesperados y secretos ocultos hasta entonces. En el fondo, creía imposible que el mundo fuese como lo pintaban los moralistas y los poetas; y aún en ese caso—se decía—puesto que la miseria humana es infinita ¿no es mejor desechar las falsas ideas de virtud convencional, conocer el vasto repertorio del crímen y del vicio, cubrirse el corazon, desde temprano, con una fuerte coraza de escepticismo donde se emboten los dardos mas agudos?

Poco á poco, estas ideas se iban apode-

rando de él y abriéndose camino en su corazon. Al principio, las profesaba con el calor y el brillo con que se sostiene una paradoja. Mas tarde, por una curiosa evolucion, fué convenciéndose con el encanto de su propia elocuencia, y ese hombre, en realidad mas inocente que malvado, llegó á dudar y á blasfemar de todo. Su corazon estaba intacto; su imaginacion profundamente depravada. Parecia una de esas frutas, lozanas en apariencia, en uno de cuyos lados un imperceptible punto negro revela el gusano que la corroe.

El aprendizage de la vida que emprendió de golpe, sin calma, furiosamente, queriendo penetrar y comprender todo desde el primer dia, amargó su espíritu y aniquiló pronto su cuerpo. Una negra misantropía sucedió entonces á las alegres esperanzas de otra edad. Quiso encontrar amor donde solo se halla placer y chocó con el engaño y la miseria. Fué amado por algunas almas puras y honradas, y, midiéndolas con el cartabon de las cortesanas, se mofó de sus sentimientos. Ape-

nas empezaba á germinar una pasion en su alma, cuando él la ahogaba entre el vino y el desórden. «Mato el cuerpo para matar el pensamiento»—decia. Viajó por muchas partes del mundo; y despues de la fiebre de los primeros momentos, se produjo en él una reaccion superficial, pero que le imprimió un sello definitivo.

Habia llegado asi á los treinta años; en el fondo dudaba de todo; no habia amado á nadie; no tenia familia, ni hábito de buscar en el trabajo un refugio contra el mal del pensamiento. Adoptó un aire frio, reservado, y, como tantos otros, paseó por el mundo bajo formas elegantes y cultas, con todas las apariencias de la mas franca bondad, su pobre cuerpo habituado á los mas rudos escesos, lujoso sepulcro donde yacía una alma muerta.

En aquella época regresó á Madrid. Sus contínuos gastos habian menguado grandemente su fortuna y veía con inquietud el momento en que iba á hallarse apurado para satisfacer sus compromisos. Pero habituado al placer y á la alegria,

repitiéndose diariamente que era necesario cambiar de género de vida, y engañándose á sí mismo con toda suerte de fútiles pretestos, siguió su existencia de siempre, recibido con agrado en todos los salones, donde su distinguido trato, su cortesía ingénita y su conocimiento del mundo lo hacian agradable, y matizando sus horas de sociedad con una que otra pasion en el *demi monde*. Despues de una ausencia de diez años en que habiá recorrido una gran parte de la Europa y América, halló todo cambiado entre los suyos. Sus amigos de la infancia ocupaban altas posiciones los unos; otros estaban engolfados en la política; otros vivian en el retiro del hogar; los ménos se habian empeñado en prolongar las horas fugaces de la juventud; pero, en ninguno, halló la cordialidad y la confianza de los primeros dias. Se encontró, pues, aislado; hacia una vida artificial y lijera, yendo de su casa al club, del club al paseo, repartiendo sus noches entre las delicias del bacarat y las reuniones del gran mundo, oyendo distraido la ópera en el Real, y en

suma, con un hondo vacío íntimo que se traducia en fastidio y en inquietud perpétuas. La naturaleza se vengaba de él y tomaba una cruel revancha. Comprendia instintivamente, aunque sin querer confesárselo á sí mismo, que habia malogrado su vida, derrochando sus sentimientos y que era tarde para reaccionar. Sus mismos poetas favoritos le molestaban, y, despues de abrirlos desdeñosamente, dejaba caer el libro con desaliento. Para huir de este estado de amargura y de hastío, se arrojaba de golpe en las orgías; pero, con la saciedad del placer, se producía en él una cruel misantropia que adoptaba formas enérjicas y violentas. Aquel ser, sin afecciones y sin lazos que lo ligaran á la vida, se sentía inútil, y ambicionaba la accion, el movimiento, algo que lo arrancara de aquel marasmo moral, mil veces peor que las tormentas del destino.

Fué entónces que le pareció notar en la mujer de un íntimo amigo suyo, Jorge Zea, una predileccion, vagamente disimulada, por su persona. Al principio, emprendió

aquella aventura como una de tantas que se habian cruzado en su camino; pero, poco á poco, fué interesándose por aquella mujer jóven y bella, que lo arrancaba á su soledad y le ofrecia los encantos de una lucha difícil. Zea habia sido amigo de la infancia de Márcos. Desde su mas temprana juventud se habia dedicado á la carrera de las armas y en la época en que empieza nuestro relato era coronel retirado. De su pasada vida borrascosa no guardaba la menor huella. Llevaba muchos años á su esposa, la habia amado antes de casarse y la amaba mas despues del matrimonio. Gozaba de una posicion que le permitia vivir en el lujo, consagrado á su familia y á sus amigos. Era el asombro de todos, ver la felicidad de aquel antiguo demonio, célebre por sus victorias amorosas, y, en aquella época, honrado *bourgeois*, cuyas distracciones eran los ratos que consagraba al *bêsigue* en el Club, y sus ausencias de la capital para inspeccionar la labor de sus haciendas, ó entregarse á la única aficion que le quedaba de los pasados tiempos, la caza.

Desde el primer momento, al encontrar á Márcos, atrajo á su lado al viejo camarada y le abrió pronto su casa y su corazon. Gozaba con oirlo, pues él traia á su memoria como un vago éco las pasadas locuras, y lo miraba con el interés afectuoso de una alma sencilla y buena. Lo invitaba, lo llenaba de amabilidades, y en poco tiempo, Márcos habia adquirido sobre él un ascendiente considerable. Aquel hombre de corazon cálido y generoso se sentia feliz con tener ocasion de amar á alguien y de ofrecer su amistad y su apoyo sin límites ni restricciones. Así, no sospechó siquiera, que hubiera en su esposa un interés de otro género que el de la mas fraternal simpatía, por su amigo de la infancia. Salia, entraba, con la plena seguridad de la posesion y sin pensar jamás en la traicion que pudiera incubarse en la sombra. ¿Ni cómo la hubiera creido, en efecto, despues de haber brindado á Márcos el mas noble cariño, y habiendo visto á su ladò, siempre buena y virtuosa, aquella dulce compañera de su vida?...

III

Zea habitaba un viejo palacio, lujosamente decorado por muchas generaciones. Sin belleza esterior, desde que se penetraba en él, descubríase por todas partes la huella del buen gusto y la esplendidez de sus poseedores. En sus vastos salones se amontonaban los cuadros y las obras de arte, entre las cuales podía verse la firma de Velazquez, la de Murillo, y, como una muestra de la pintura moderna, la célebre acuarela de las mariposas, firmada por Fortuny. Grandes vasos chinescos, tierras cocidas orijinales y artísticas, bronces anti-

guos y modernos, los mas preciosos objetos, reunidos por un hábil coleccionista, estaban allí aglomerados, entre muebles elegantes del siglo pasado y tapices de inapreciable valor.

Al penetrar Márcos por primera vez en aquella mansion señorial, sintió un vivo placer aumentado por la dulce amabilidad de la esposa de Zea. Adela lo esperaba favorablemente prevenida en su favor, y trató de hacerle grata aquella visita con el vivo interés que manifestó por su vida anterior y por su porvenir. En cuanto á Márcos, desde el primer momento se sintió atraído hacia aquella hermosa criatura.

Mucho mas jóven que su marido, que rayaba en los cuarenta, Adela había recibido una esmerada educacion. Sin ser escesivamente bella, el conjunto de su persona era verdaderamente encantador, por la suavidad y la gracia de su fisonomía. Alegre y espiritual, animaba todo con su presencia. Al salir del convento había conocido á Zea y por razones de familia,

mas que por verdadero amor, se decidió á ligar á él su existencia. ¿Qué motivo hubiera dado, en efecto, para rechazarlo? Era noble simpático; tenía, un nombre, sin tacha y además gozaba de una considerable fortuna. Adela, pues, se entregó á aquel hombre, sin pesar como sin placer, con una dulce indiferencia templada por la amistad con que lo trataba y por la conciencia que tenía de sus fcualidades. Por el contrario, Zea estaba locamente enamorado de la deliciosa niña. Seis años hacía que ambos se encontraban unidos, y durante ese tiempo ninguna nube había empañado el cielo plácido de su felicidad.

Adela tenía cabeza y corazon de artista. Cultivaba la pintura y en su estudio había reunido una preciosa coleccion de antigüedades. En aquella vasta pieza, cubierta de bibelots y llena de caballetes, de maniquís, de telas comenzadas, de bocetos y de *pochades*, se aglomeraban toda clase de riquezas. De los muros colgaban tapices pérsicos y flamencos; alrededor, había sillones y arcas primorosas al lado de

artísticos jarrones, de viejos juguetes y de armas oxidadas; por todas partes se veían confundidos los trajes de épocas desvanecidas, platos y jarrones chinescos, lámparas arábigas, muebles florentinos, espadas y dagas venecianas. En un rincon, un pequeño estante contenía una deliciosa coleccion de obras maestras: la Biblia se codeaba con el Dante, Homero sonreía á Shakspeare y Cervantes, y al lado de los grandes maestros había una profusion de pequeños volúmenes mezclados con las ediciones princeps de los buenos autores del siglo XVII, el *Diablo Cojuelo* de 1707 y *Gil Blas* de 1735. Los grandes contemporáneos se hallaban representados por Byron, por Musset, Victor Hugo y Lamartine. Algunos de estos volúmenes tenían autógrafos de los poetas y estaban anotados de manos de Adela. En el centro de un muro, recibiendo convenientemente la luz de una claraboya, se veía la joya del estudio; un lienzo original de Van-Dyck, representando á la Vírgen María con el niño en sus brazos y una es-

presion de dulce tristeza estendida como una vaga sombra sobre su divino rostro; mas lejos destacábase una espléndida Magdalena; y amontonados sin órden, cuadros de la escuela holandesa, francesa, italiana y española. Sobre un veladorcito pintoresco, multitud de fotografías y de albums de grabados; por último, en una cornisa apropiada al uso, una serie de caprichosos ídolos mejicanos. Allí pasaba Adela sus horas mas gratas, con sus libros y sus pinceles, tranquila y feliz, hasta que conoció á Márcos.

Como hemos dicho, la primera impresion fué favorable al elegante amigo que le recomendaba su marido con entusiasmo. Despues, le oyó hablar de su vida pasada, de sus esperanzas y de sus ambiciones, y adivinó bajo la fría y aparente tranquilidad de Márcos las heridas de su corazon. Su voz vibrante y varonil despertaba en su seno sentimientos vagos de idealidad y de poesía. Sus escasas referencias á episodios de la juventud la interesaban y escitaban su curiosidad. Hablaba de música, de poe-

sía, de pintura, y hallaba en la manera de espresarse de Márcos y en su modo de pensar, algo que había buscado en vano en otros hombres: un espíritu cultivado, luminoso, atrevido y que rompía de frente con todas las trabas de lo convencional. De cuando en cuando, aquel escéptico mundano, dejaba escapar frases duras y amargas como un latigazo, que hundían á Adela en una vaga tristeza de que no se daba cuenta. Sin haber sentido jamás un verdadero amor, se abandonó dulcemente á un sentimiento—que no quería definir--y que le hacía grata la presencia de Márcos, y, poco á poco, se estableció entre ellos una dulce confraternidad, misteriosamente oculta por ambos en el fondo del alma.

A su vez, Márcos encontraba en su amistad una distraccion que en vano buscaba en el mundo. Aquella agradable mujer, le recordaba sus años juveniles, los primeros entusiasmos de su vida, sus antiguas aficiones artísticas. A su lado olvidaba, por algunas horas, las miserables intrigas mundanas, las sátiras sociales,

la chismografía de salon, amarga y calumniadora. Muchos y deliciosos momentos pasaba hablando con Adela sobre arte ó literatura, mientras Zea hojeaba la última novela de Daudet ó leía la *Nouvelle Revue.* Zea se mezclaba raras veces en estas conversaciones. Antiguo militar y superficial como la mayor parte de los hombres de mundo, prefería oir su charla, admirando secretamente la inteligencia de su esposa y la musical palabra de Márcos. A la hora de comer, Márcos partía ó se quedaba á acompañarlos, y por la noche, los dos amigos iban juntos al Club. Algunas veces, Adela proponía una partida de bezigue, en cuyo caso Márcos permanecía con ellos hasta la hora de tomar el té.

Poco á poco, la intimidad se fué haciendo mayor y Zea los dejaba juntos sin reparo; salía cuando algun asunto lo precisaba, rogándole á su amigo que permaneciese acompañando á su esposa. En aquellos *tête-à-tête* solitarios, Márcos no podía ménos de admirar en secreto la viva y espiritual cabeza de su amiga, mien-

tras lo deslumbraba su inteligencia superior y la delicadeza de su educacion. Sin embargo, quería demasiado á Zea para pensar ni remotamente en traicionarlo.

Adela, por su parte, gustaba de su distincion nativa y se sentía halagada interiormente por el afecto que había logrado despertar en él. Muy pronto ambos se hicieron confidencias y se contaron algunas de sus penas. Márcos le pintó la soledad de su vida, la monotonía de todas sus horas, el vacío de su corazon nacido para amar y condenado á replegarse silenciosamente como una flor ajada por los hielos; y el acento de sus palabras, impregnadas de honda tristeza, iban á herir las fibras mas recónditas del alma de Adela. Cuando estaba sola meditaba en sus dolores, y se decía á sí misma que tambien ella era una huérfana de cariño, que nunca había sentido llena su alma por la pasion; romantizaba aquel corazon herido que se abría á sus ojos con medias palabras, dejando adivinar mil misterios ocultos y grandiosos; y entónces pensaba en su juventud perdida

para el placer, con un marido que no estaba á su nivel, ni por la edad ni por las aficiones, y gradualmente su presencia se le hacía enojosa y desagradable.

Un día, ambos estaban solos en el estudio, Adela reclinada en un divan, con su cabeza apoyada en un almohadon, y Márcos sentado en una pequeña butaca. Zea acababa de salir prometiéndoles regresar á los pocos instantes. La falda del elegante traje de Adela, lijeramente levantada, dejaba ver un pié pequeño y aristocrático y el nacimiento de una pierna esbelta y admirablemente torneada, cubierta por finísima media de seda. Los ojos de Márcos se fijaron con deleite en aquellas formas encantadoras, y de un golpe arrojó por tierra los últimos escrúpulos que le quedaban. Adela, viéndolo permanecer silencioso, se incorporó á medias y lo contempló. Algo estraño debió leer en sus ojos, porque se ruborizó vivamente, y sin decir una palabra se sentó en el divan, ocultando aquel pedazo de belleza que había dejado imprudentemente descubierto.

Despues, para cambiar de conversacion dijo con ese tono de indiferencia aparente que saben emplear con tanto arte las mujeres:

—Se prepara V. para el carnaval, Márcos?

—Con qué objeto, Adela?—El carnaval ha muerto. Ya no es esa especie de cuento de las *Mil y una noches* que soñamos realizado en las lagunas de Venecia; hoy es un pretesto para que muchos que no pueden llevar el rostro descubierto, se lo tapen con una careta.

—Pues bien, quiere V. que le haga una confidencia? Me promete el secreto, no es cierto? .... Hace muchos años que deseo ver un baile de máscaras, pero un baile legítimo, en un teatro, en todo su entusiasmo, y no esas frías exhibiciones de trajes y joyas del gran mundo. Algo con color local, franco y alegre.

—Nada mas sencillo. ¿Porqué no se lo ha dicho V. á Jorge?

—Vaya si se lo he dicho! Pero siempre me ha contestado que ese deseo era

una locura, que nada hay mas insípido que un baile de máscaras; en una palabra, me lo ha negado con subterfugios.

—En verdad, Adela, es muy probable que V. se desencantara si fuera al baile.

—Sí, todo es posible, pero tengo tanta curiosidad!... Y despues de todo, ¿tiene algo malo un baile de máscaras? ¡Me parece que no soy una de esas bebés *dont on coupe le pain en tartines*, como dice el verso de Gautier. Ah! si Jorge tuviera otro carácter! Pero apenas llega el carnaval, inventa algun pretesto para que nos alejemos de Madrid. Lo que es este año estoy resuelta á quedarme, aunque él ya me ha anunciado no sé qué negocio que lo lleva al campo....

Márcos vió en los ojos y en las palabras de Adela tal curiosidad, un interés tan vehemente, un capricho tan inquebrantable por presenciar esa fiesta, que se decidió á dar lo que él juzgaba un golpe decisivo.

—Pues bien, Adela—la dijo—quiere

V. que hagamos juntos esa calaverada? Me ofrezco como acompañante.

Una viva indecision se pintó en el rostro de Adela. Se traslucía en él la lucha interior que sostenía consigo misma. Por último levantó la vista, y mirando á Márcos con fijeza, le dijo:

—¡Quién sabe!... Por si acaso, no falte V. á ninguno.

Y en una brusca transicion, levantándose rápidamente y tomando un libro de tapas amarillas y sin cortar, que estaba sobre un veladorcito, añadió:

—Aquí tiene V. *Une page d'amour* de ese monstruo de Zola. No la he querido leer, pueste ngo miedo. Sin embargo, por lo que oigo decir, este es un hombre que conoce el corazon humano. Lea V. y, si se puede contar, cuéntemela despues.

Márcos sonrió débilmente, y tomaba el libro, cuando entró Zea esclamando:

—Me he hecho esperar demasiado?

Despues se sentó cariñosamente junto á su mujer y su amigo, con esa dulce pla-

cidez de los maridos de raza, sin comprender que Adela amaba á Márcos y que desde aquel instante faltaba la oportunidad, pero en ambos flotaba la decision del adulterio.

IV

Despues de haber caminado algunos instantes, siempre con su compañera del brazo, Márcos se detuvo en uno de los pasillos, buscando el rincon mas oscuro. El ruido de la sala llegaba en ráfagas hasta allí, como el rumor de una inmensa colmena alborotada. Las puertas de algunos palcos se abrían apresuradamente, y una que otra pareja pasaba por su lado, sin hacerles caso, como gente habituada á escenas mucho mas escabrosas. Márcos esperó que la distancia fuera mayor y al fin la dijo:

—Gracias, Adela. No puede V. comprender el placer que me causa su confianza.

—Chist! amigo mío; alguien puede escucharnos.

Y, levantándose la careta con un movimiento rápido y resuelto, dejó descubierto su rostro jóven, ligeramente sonrosado por la agitacion. Estaba deliciosamente bella y Márcos no pudo contener un grito de sorpresa.

—Para qué martirizarme! exclamó.—Pronto, cúbrase V. el rostro!— Y había en estas palabras tal espresion de angustia y de entusiasmo, que Adela, antes de obedecerle, lo iluminó con una de sus mas dulces sonrisas.

—He hecho una gran locura, ¿no es verdad?—le dijo sin dejarle tiempo de hablar.—¡Qué quiere V.! Esto era superior á mi voluntad ¿Además, no contaba con el apoyo y la proteccion de V.? He tomado admirablemente mis precauciones. Nadie tendrá conocimiento de esta escapada. Por fin, voy á ver un baile

de máscaras. ¿He sorprendido á V. no es cierto? Acaso habré interrumpido alguna aventura....

—Márcos se turbó, pensando en el momento en que Adela lo había llamado, y le contestó:

—Aventuras, Adela? No está el baile para eso. Me fastidiaba en grande. Si tarda V. unos minutos, es seguro que no me hubiera encontrado.

—Sí? Pues tanto mejor; quiere decir que he sido oportuna. Pero, qué hace V. con esa cara de Cristo crucificado? Al baile, amigo mío; quiero conocer todos estos tipos, codearme con esta sociedad atrabiliaria. ¿Tiene V. temor de que alguien le vea tan mal acompañado?

Márcos, repuesto de su asombro, comprendió de un golpe todo lo que Adela callaba: las veladas solitarias en que estando él ausente y su marido en el campo, la imaginacion había torturado á aquel sér sensible y nervioso; la curiosidad de ver ese mundo tan raro, tan distinto del que se agitaba constantemente á su al-

rededor; la fiebre de aquella loca cabeza de artista turbada por un capricho y por una pasion; el valor inquebrantable de que había hecho gala ese sér, encerrado entre las cuatro paredes de su casa, que sin darse cuenta fría y razonada de su accion, jugaba su porvenir y su vida con la sonrisa en los labios y el corazon saltándole de contento dentro del pecho.

—Tiene V. razon, Adela; pero, en realidad, tanta dicha me ha dejado atónito. Ahora, cuidado con la careta, y al baile. «Recojamos las rosas antes que se marchiten.»

Muy pronto llegaron á la sala. Al penetrar Adela, al encontrarse envuelta por aquella turba que vociferaba, reía, hablaba libremente, sin ocultar jamás el término crudo ni la palabra propia, entre el calor sofocante, el humo impalpable, que se estendía como una gasa sutil por todas partes y el tumulto de los paseantes que circulaban alrededor del salon,—sintió un espasmo de terror, y apretó convulsivamente contra el suyo el brazo de

Márcos. Le parecía que todas aquellas personas iban á descubrir su verdadero rostro, á señalarla con carcajadas irónicas, á abrumarla con su sonrisa y sus sarcasmos. Instintivamente comprendió que al poner el pié en aquel mundo, había caído de su alto pedestal, pisoteando la pureza de su vida anterior, y convirtiéndose de reina de un corazon elevado, en esclava de un deseo pasagero. Entonces midió por primera vez toda la profundidad de aquel abismo, y, deteniéndose, dijo á Márcos:

—Oh! Tengo miedo; salgamos.

Pero Márcos había recobrado por completo el imperio sobía sí mismo, que raras veces lo abandonaba. Se preguntaba con curiosidad si no había sido engañado hasta entonces por el aire de vírgen cándida de aquel pequeño demonio, y, si creyendo hallar una discípula de primeras letras, no iba á tener que habérselas con un doctor consumado. Encontraba deliciosa la aventura; el deseo se había despertado en él; aquel brazo carnoso y flexible

que lo estrechaba con estremecimientos nerviosos, hacía correr por sus venas escalofríos de placer; el perfume suave y embriagador que se desprendía de aquel elegante cuerpo embriagaba su cerebro; pensaba en sus formas esbeltas y bien construídas, se complacía en representarse con la imaginacion todas las ocultas bellezas de aquella mujer que se entregaba de una manera tan inesperada, y con mil refinamientos de antiguo libertino, se prometía hallar en ella los éxtasis mas enloquecedores, la última palabra de la voluptuosidad.

Así, fué con una decision inquebrantable, con esa elocuencia de la pasion que no admite réplicas, que le contestó:

—No tema V. nada, Adela, encontrándose conmigo.

Los bastoneros habían ocupado su puesto en los estremos del salon; el cartel anunciaba un wals y los primeros acordes de la orquesta ahogaban el tumulto en sus notas rápidas y alegres. Todo el mundo se puso en movimiento en el salon, en las

puertas, en los palcos, y Márcos se arrojó con Adela en los giros de la danza. La aglomeracion de gente les impedía volar á medida de su deseo; ambos se encontraban bajo la influencia de emociones tiránicas. Márcos apretaba sobre su corazon aquel cuerpo tan dulce y tan perfecto, aspiraba sus efluvios, sentía su calor y sus palpitaciones. Adela se abandonaba, medio desmayada de placer, entre los brazos de aquel hombre que llenaba todos sus ideales y la turbaba con su contacto. Con los ojos húmedos y brillantes, con los lábios abiertos y sintiendo pasar por sus venas una corriente de fuego, había perdido la conciencia de su situacion, se sentía poseída de una vida estraña á la suya, superior á su razon y á sus sentimientos, algo como un vértigo indomable de que no se daba cuenta. Ah! qué distinto era el placer de aquellos momentos, á los abrazos devueltos sin entusiasmo, á los besos fríos y sonoros que daba á su marido, á la indiferencia con que recibía sus caricias,

que no sabían despertar en ella esa deliciosa locura. Y todo giraba á su vista en un remolino, las sienes le latían apresuradamente, las luces y el calor la envolvían en una atmósfera asfixiante, no oía sino un vago murmullo ensordecedor en que se destacaba la voz apasionada de Márcos, el ardor de sus lábios y el soplo de unas palabras que quemaban su rostro como una llamarada:

—Adela, te amo; te amo, con todo mi corazon!

No pudo comprender cuanto tiempo duró aquel desvarío. Se sintió arrastrada por un brazo impaciente, una brisa helada le azotó el rostro, el ruído de un carruaje dominó el tumulto de sus sentidos, oyó á Márcos que decía distintamente—A casa»—y hallóse sin saber cómo, á su lado, dentro de la elegante berlina.

¡Oh qué dulces fueron aquellos momentos para la pobre pecadora! El brazo de Márcos la oprimía el talle; su voz vibrante y elocuente la recordaba con entusiasmo los mil incidentes de su amor,

las esperanzas unas veces vivaces y otras moribundas que había abrigado en su seno, esos nimios detalles que los amantes observan con supersticioso cuidado, un pincel recojido al mismo tiempo, una estrofa que la hizo enrojecer, aquel pié divino estrevisto en un relámpago; y todo ese torrente de palabras amorosas, de recuerdos eróticos, ese cuerpo pegado al suyo, ese brazo que la tenía sujeta, como una presa largo tiempo codiciada,—la aturdían y la enloquecían, la hacían probar por primera vez las delicias del amor correspondido.

Márcos habitaba en una calle apartada del barrio de Salamanca, un elegante departamento donde su esquisito buen gusto de hombre de mundo, había reunido toda clase de artísticas chucherías. Un vigoroso campanillazo, hizo acudir al instante al viejo criado que abrió respetuosamente la puerta, sin manifestar asombro al ver á su amo acompañado como si no fuera esa la primera vez que presenciaba igual escena. Un candelabro ele-

gante, sostenido por aquél, les alumbró el corredor que conducía al despacho de Márcos. El criado se retiró despues de hacer la eterna pregunta:

—El señorito desea algo?

—Nada por ahora. Puedes acostarte.

Aquella pieza, mezcla de sala y de gabinete de estudio, era de dimensiones regulares y estaba cubierta de preciosidades. En el centro se veía una gran mesa de escritorio, con un elegante tapete lleno de libros, papeles, cartas abiertas y sobres destripados: ocupando un testero una magnífica librería de roble, donde estaban cuidadosamente alineados los mas grandes representantes del espíritu humano, en ediciones raras ó curiosas, destacándose entre la multitud los nombres de Balzac, Dickens, Heine, Shakspeare, Schiller, Goethe, Byron, Chamfort, al lado de algunos contemporáneos como Zola, Dumas hijo, y Daudet; en un rincon una vieja armadura deliciosamente labrada; en las paredes varias panóplias de armas anti-

guas; en los ángulos bronces de Barbediene y algunos mármoles deslumbradores; por todas partes, acuarelas, cuadros al óleo, un retrato de mujer admirablemente pintado, telas antiguas y modernas en profusion y aglomeradas en un agradable desórden. Algunas sillas de formas estrañas y un sillon de estudio, se encontraban esparcidos aquí y allí. Un ancho y cómodo divan ocupaba el lado opuesto á la biblioteca. En la chimenea, el fuego vivo y alegre bailaba como una bulliciosa salamandra.

Márcos cerró la puerta de la habitacion, y atrayendo dulcemente á Adela hacia el divan la sentó á su lado, y estrechó entre las suyas sus manos ardientes y temblorosas. Aquella atmósfera dulce, aquel gabinete original, las emociones de la noche, el sacudimiento nervioso de tantos placeres entrevistos y presentidos, habían quebrantado á Adela. Su decision anterior se había cambiado en debilidad. Tenía los ojos húmedos de llanto, miraba con desconfianza á su alrededor como

comprendiendo que aquellos mudos espectadores, eran cómplices de su falta, y clavando en Márcos una mirada, entre espantada y tierna, le dijo:

—Por favor, Márcos, salgamos pronto de aquí! Dios mío! no sé lo que me pasa; tengo miedo y frío. Aún es tiempo Márcos. Sea V. generoso y olvide un momento de locura.

Márcos, sin violentarla, la estrechó dulcemente y dominándola con la voz y la mirada, reclinó sobre su pecho aquella rubia cabeza como se abraza á un niño aterrado:

—Pobre Adela!—esclamó.—Cálmate y óyeme. Qué puedes temer aquí? Mira bien, estamos solos, libres y te amo, toda mi vida es tuya! ¡Ah! si tú supieras cuántas veces he soñado con este momento, cuántas horas he llegado aquí con el corazon hinchado de lágrimas, pensando en mi amor inmenso é imposible. Y ahora que estamos juntos, que puedo abrirte mi alma, mostrarte todos los tesoros de ternura que encierra para tí, me dices

que tienes miedo, quieres huir, dejarme nuevamente en el abandono, y en la desesperacion....

Suavemente se arrodilló delante de ella, con el brazo izquierdo apoyado en un almohadon, sosteniendo su cabeza medio desvanecida, é inclinada hacia un lado, como una flor tronchada. Al mismo tiempo apartaba algunos locos mechones de cabellos dorados que le caían sobre las cejas; enjugaba con un pañuelo las gotas de sudor helado de su frente, la envolvía en un círculo de caricias dulces y ardientes, unía sus labios á aquellos labios apretados que trataban de esquivar su contacto sintiendo que él era la derrota de la virtud; la estrechaba de pronto en un espasmo voluptuoso, y su voz, ligeramente temblorosa, susurraba en su oído palabras que la hacían estremecer:

—Adela, júrame que eres mia. Pruébame que me amas; no resistas á mi pasion. Te amo; no puedo vivir sin tu amor!....

La luz del candelabro arrojaba sobre

ellos pálidas claridades, y los resplandores intermitentes del fuego daba tonos deslumbradores á la rubia cabeza de Adela. Vencida por el cansancio, quebrantada por todas las sensaciones dominantes que había esperimentado esa noche, sintiendo siempre, como el eco de un eterno canto que la embriagaba, el rumor de aquellas palabras apasionadas que la hablaban de amor infinito, de goces ignorados, de sueños inmortales, viendo á sus piés aquel hombre á quien quería con locura, el único que la había iniciado en los misterios de las sensaciones profundas, ella se sentía desfallecer. Una llama interior la abrasaba; sus labios se abrían á despecho suyo, como pidiendo esos besos húmedos y largos que turbaban su razon, y una especie de impaciencia febril por probar, de una vez por todas, el delirio de la pasion, había sucedido á su anterior resistencia.

Los últimos velos, sujetos por el pudor, fueron cayendo uno por uno. El pañuelo fué quitado con rapidez, los bo-

tones de la bata sencilla saltaban arrancados, dejando descubiertas á la vista de su amante las magnificencias de aquel poema cuyas primeras estrofas comenzaba á conocer. Y pronto, muy pronto sucedieron á las quejas ahogadas, á las protestas y á las negativas balbuceadas sin fuerza, los besos embriagadores, esas palabras entrecortadas y sin sentido que parten de los lábios trémulos como palomas en celo, esos arrebatos de placer que estremecen el cuerpo como el contacto de un hierro candente, esos juramentos de eterna fidelidad, eternamente quebrantados cuando la embriaguez muere y cuando nace el hastío.

Al terminar aquel vértigo, comenzaron las confidencias y las protestas. Adela ya no esquivaba las caricias de Márcos. Jugaba con sus cabellos, atraía su cabeza sobre su seno palpitante, se sentía orgullosa y feliz de aquel amor. Sus ojos brillantes, sus cabellos desprendidos, su traje entreabierto, la daban una belleza especial, que como los perfumes fuertes,

se subía al cerebro y lo embriagaba. Despues comenzaron las preguntas, los mímos, las mil niñerías del amor abandonado á todos sus caprichos. Se abrazaban, reían como unos locos, se disputaban un beso con intrepidez para tener luego el pretesto de darse doscientos. Hacían planes para el porvenir. Calculaban la manera de comunicarse, de verse sin inspirar sospechas, y ni un momento vino á turbar su dicha el recuerdo de aquel ausente, á quien la una deshonraba y el otro hacía traicion.

Despues de recorrer Adela la casa de su amante, hojear sus libros, poner su cabeza sobre la almohada en que Márcos apoyaba la suya, llegó la hora de partir; los besos, los juramentos, las protestas de amor se sucedieron, y Adela regresó á su casa con el corazon henchido de felicidad, mientras Márcos se hundía con fruicion en su blando lecho, sintiendo pegado á su cuerpo el perfume de la mujer que acababa de poseer.

V

La tarde era bella. Márcos hizo enganchar un elegante phaëthon y se dirijió al Retiro guiando un altivo tronco de caballos andaluces. Una brisa fresca y juguetona, sacudía las ramas de los árboles desnudos. El sol brillante descendía envuelto en una nube de púrpura, inundando el cielo de tintes rojizos y anaranjados. Las calles rebosaban de una multitud alegre, que salía á gozar de la placidez de aquel dia, luminoso y dulce. Mucho antes de llegar al paseo, pasaban trenes deslumbradores, levantando una nu-

be de polvo dorado. Al entrar al Retiro el movimiento era incesante. Los carruajes llegaban en escuadrones, en bandas espesas, produciendo un chirrido especial sobre el macadam, y los caballos orgullosos, como ébrios de luz y de vida, sacudían sus crines ensortijadas, hacían retumbar sus férreos cascos sobre el pavimento, y, encorvando el cuello, mantenido á raya por la rienda tiránica, con el ojo encendido y la boca espumosa, tascaban los frenos con impaciencia febril. Las alamedas entumecidas parecían estremecerse presintiendo el soplo de la primavera. Las pocas hojas amarillentas que quedaban en las ramas demacradas, se sentían invadidas por una sávia pujante. Los pinos verdes y enhiestos sacudían sus copas flexibles, y el césped, quemado por las escarchas, se dilataba como una alfombra de matices empañados. Muchas mujeres habían descendido de los coches para marchar en las calles bordadas de árboles, recibiendo el suave calor de los rayos solares, y las caricias del vien-

to vespertino. Otras, reclinadas blandamente en el fondo de los carruajes descubiertos, aspiraban á plenos pulmones aquellos soplos vivificantes, exhibiendo la última toilette salida de manos de la modista, ó, detallando con mirada de tasador, la de sus amigas. Allí circulaba la corte en toda su esplendidez; los cordones dorados se codeaban con los anchos galones de los ministros de la corona, del cuerpo diplomático, y de los coches reales, enganchados á la gran Dumont, con sus caballerizos al estribo y sus lacayos de peluca empolvada. En el centro, los guardias civiles á caballo, mantenían el órden en las filas, y, al pasar las grandes gerarquías, se quitaban ceremoniosamente su tricornio de hule negro. Las calles laterales enarenadas estaban llenas de ginetes. Toda aquella multitud adelantaba en filas espesas y compactas, iluminada por los resplandores de aquel sol chispeante, y no se oía sino el resoplido de los caballos, el chasquido de los látigos, el rumor de los cascos chocando con los guijarros

del piso y el chirrido de las ruedas encarnadas ó amarillas, que, al girar rápidamente, parecían arcos encendidos.

Abstraído en las delicias de la noche anterior, Márcos sentía esa íntima felicidad que sigue al deseo realizado. Estaba cuidadosamente vestido, y en su tez pálida como en sus ojos velados por una vaga sombra azulada, se adivinaban las sensaciones dominadoras que lo habían agitado. Recordaba el baile, la posesion inesperada, aquella deliciosa entrevista, y el dulce divan que sostenía el cuerpo de Adela, de líneas suaves y esculturales. Cerraba los ojos, y le parecía aspirar en una ráfaga de pasion, el perfume de aquella mujer encantadora, ese aroma vago y esquisito que lo había acompañado durante la noche como un efluvio de su belleza.

En una de las vueltas se sintió sacudido por una descarga interior y sus ojos se iluminaron con los resplandores de una llama instantánea. Adela pasaba junto á él, arrastrada rápidamente por un esplén-

dido par de yeguas, dulcemente recostada en un milord ligero y gracioso. Lo saludó con una sonrisa maliciosa, su mirada concentró toda la pasion de su alma, y desapareció como un relámpago entre las filas compactas. Aquella tarde estaba bellísima. La felicidad, las dulzuras de los placeres divididos con el hombre á quien amaba, habían dado á su tez una animacion deliciosa, y á sus ojos un brillo deslumbrante. Hasta ese dulce aire de cansancio, esparcido como una sombra sutil sobre su fisonomía, contribuía á hacerla adorable.

A poca distancia de ella, con aire de desdeñosa magestad, sosteniendo en la mano derecha una riquísima sombrilla y reclinada en un almohadon, Márcos vió venir á la mujer á quien la noche anterior había deseado conocer. ¡Con qué indiferente altivez dejaba caer sus miradas sobre aquel mundo dorado que la rodeaba! Sus ojos fascinadores, la blanca tersura de su tez, aquella boca de contornos deliciosos, su actitud llena de descuido,

todo la hacia resaltar poderosamente entre las bellezas que pululaban aquella tarde. Márcos quedó deslumbrado. El mismo deseo tiránico é imperioso del baile de máscaras, sacudió su corazon. ¿Por qué fatalidad se cruzaba siempre en su camino esa eterna vencedora, tranquila y hermosa como una Vénus pagana? Durante un instante la imágen de Adela se borró de su imaginacion. La sentía segura, se había entregado á él, su conquista había sido mas fácil de lo que juzgó á primera vista—¿á qué, pues, preocuparse inmoderadamente de ella? Con la posesion de una mujer, entra en el alma del amante mas apasionado, un gérmen casi invisible de hastío. El obstáculo vencido pierde su poesía y su atractivo. ¿Amaba á Adela verdaderamente? Se hacía esta pregunta con insistencia. La había visto, hermosa, jóven, inteligente y amable, había notado el imperio que ejercía sobre ella, y, despues de todo, había hecho lo que cualquier hombre de mundo en su situacion. Su corazon ári-

do y solo, se complació en esa dulce ocupacion; pero, una vez satisfecho su capricho, estaba á punto de volver á su estado anterior. El mismo, apénas se daba cuenta de esta transformacion curiosa que empezaba á efectuarse en los pliegues mas ocultos de su alma. Era víctima de esa impureza imborrable que dormitaba en el fondo de su ser moral, y obedecía á una fuerza tiránica al hacer ese trabajo de descomposicion malsana de los mejores sentimientos, para llegar á este resultado aterrador: al fin y al cabo, con mayores ó menores aspavientos, todas concluyen del mismo modo. Y entonces evocaba, con una vaga complacencia, las quejas de Adela, sus negativas, la lucha que precedió á su victoria definitiva, su bella cabeza, doblegándose sin fuerza para resistir, y sus brazos nerviosos estrujándolo en un espasmo supremo.

El sol se ocultaba, produciendo en el cielo un vasto incendio rojizo. Era esa hora de dulce melancolía en que el crepúsculo dá á los objetos un tinte dudoso.

Una brisa helada se había levantado, y todo el mundo emprendía el regreso al mismo tiempo. Los faroles de los carruajes, encendidos casi de golpe, parecían luciérnagas titilantes que culebreaban, subían ó bajaban, entrelazándose á veces, esquivándose otras, para reaparecer luego con mayor intensidad.

Pronto se encontró Márcos en el centro de la ciudad y una hora mas tarde se sentaba en una de las mesas de Fornos, rigurosamente vestido de etiqueta, dispuesto á comer lentamente, haciendo hora para el Real. Era temprano todavía para las costumbres madrileñas, y Márcos cavilaba sin apresurarse, con el *Menu* en la mano, cuando una voz alegre resonó á sus espaldas, y, al dar vuelta con rapidez, dejó escapar un esclamacion de contento:

—Decididamente, Eugenio—esclamó—el cielo te ha traido. Aquí me tienes en el difícil trance de organizar una comida, sin tener ni pizca de apetito, cuando apénas son las ocho de la noche y en uno de esos momentos de cansancio supremo

en que uno no sabe que hacer de sus huesos.

Y, sin esperar que su amigo se quitára el abrigo de pieles y le contestára.

—¿Vienes á comer?—continuó. Magnífico... sientáte en esta mesa. Charlaremos un rato y trataremos de recrear, al mismo tiempo, el cuerpo y el espíritu.

Eugenio había dejado su sobretodo en manos del criado, y, de pié ante la mesa de Márcos, mostraba á este un rostro fatigado y adormecido.

—Uf! le dijo desperezándose—Tengo un sueño!... Bien se conoce que no has velado como yo hasta ahora. Esto vá á ser mi almuerzo. *Garçon!* ante todo agua de Seltz y cognac... Es la receta de lord Byron despues de una borrachera.

—Pues hombre! ¿quiere decir que la fiesta de anoche fué borrascosa?

—Vaya si lo fué. Imagínate una rubia deliciosa, toda miel y azúcar, con una de esas candideces aprendidas á fuerza de golpes y desengaños, una sacerdotisa estraviada en un baile de máscaras. La

veo, la invito, acepta, bailamos, llegan las cuatro de la mañana y mi heroina se resiste tenazmente á todo lo que no sea puro platonismo romántico. Como el papel no es precisamente agradable y á esas alturas no estaba para emprender un sitio en regla, la abandono, me encuentro con Sanches,—tu compañero de Legacion en China, ya sabes,—rodeado de un tumulto de muchachas alegres, careta en mano, dominó desgarrado... y aquí se armó la gorda. No ha quedado en mi casa ni una copa ni un vidrio sano. ¡Qué jaleo! Buscamos á Bautista en el Imparcial; lo arrancamos á las delicias de la manzanilla y ahí nos tienes bailando flamenco con todo el *estilo* posible, en medio de un mar de champagne, infatigables, sudando, gritando, hasta cerca de las doce... ¿Ves? estoy ronco; casi no puedo hablar... A esa hora era ya muy tarde para dormir y despues de un buen baño y una vuelta, me tienes á tu disposicion pronto á volver á empezar. Pero, y tú?...

—Yo estaba algo enfermo—contestó

Márcos, esquivando la pregunta. Mucho sentí abandonarte en aquel momento.

—Cómo ha de ser! ¿Pues y aquella chula que te arrancó de mi lado?

—La conozco tanto como tú. Una broma estúpida y nada más.

—Bromas, bromas! me cargan las tales bromas. Qué diablos! uno va al baile á... ya sabes á qué. Lo demas son tonterías. Pero, vamos al grano. Para mí, poca cosa; tengo el estómago estragado.... Un *consommé*, unos filetes de lenguado y luego unos bocados de *rosbif saignant*. Vino?... veamos que vino. Nada; estoy resuelto á hacer economías.... Un buen Bourgogne, y basta por el momento.

—Pues bien, ya que estamos aquí, solos y tranquilos, dame algunos detalles sobre Rosa.

—Todavía con Rosa.... Te aprecio demasiado para creer que estás enamorado de ella.

—Psch! tanto como enamorado.

—Si, pero es peligroso llegar á estarlo. Tu has vivido ausente de Madrid,

y despues de tu regreso, la verdad, casi no se te vé. Metido diariamente en casa de Zea, no es estraño. Ante todo ¿dónde la has conocido?

—Qué se yo! Un poco en todas partes: en los teatros, en el paseo, en el Real, en las carreras....

—Y te ha parecido espléndida, verdad?

—Ciertamente.

—Sí, sobre eso no hay duda posible... Es una bella mujer, una estátua indiferente pero deliciosa.

—Y su historia? ¿De dónde ha venido? Cuando yo dejé Madrid, ella era desconocida.

—¡Su historia! ¡De dónde ha venido!.... ¿Quién lo sabrá jamás? Decididamente, esa mujer te gusta demasiado, cuando haces esas preguntas. ¿Qué de dónde ha venido?—Pregúntaselo á Zea.

—Zea! Qué tiene que ver Zea en esto?

—Pues, poca cosa: él fué quien la lanzó.... Veo que es necesario que te diga todo. Por lo demás, tu ignorancia no es estraña. Madrid ha cambiado de *fond en*

comble, de diez años á esta parte. Estos diablos de franceses han transformado todas nuestras costumbres. ¿Te acuerdas de nuestros amores de estudiantes? Un pañuelito de Manila, un vestidito de percal de tarde en tarde, una pension que no pasaba de dos mil reales, y nuestras señoras nadaban en la abundancia. Pero, hoy..... nada! no quiero filosofar, y al grano....

Y al repetir su eterna muletilla, Montejo apuró un trajo de Borgoña y continuó.

—La seduccion?.... Algo de *Rigoletto*, y algo de *Fausto*. Es una de esas historias vulgares y terribles, un poco más negras de lo que lo son en la generalidad de los casos, en cuyo fondo hay un misterio de vergüenza y de infamia.... Ah! quien supondría jamás sin saberlo lo que hizo Jorge? Mira, prefiero que hablemos de otra cosa.

—Pero, en fin....,—insistió Márcos.

—Puesto que te empeñas, oye; aunque luego te arrepientas de tu curiosidad.

Y acercándose al oido de Márcos deslizó en él durante algunos minutos palabras que lo hicieron palidecer.

—Y hoy, ya lo ves—concluyó en alta voz. Marido ejemplar, enamorado, bobo, dominado como un imbécil por su mujer.... Qué diablo! ¡cómo cambian los tiempos y los hombres!....

Un tumulto de pensamientos agitaba á Márcos al escuchar estas palabras. Se examinaba con una sorda irritacion contra sí mismo y preguntándose qué clase de interés lo impulsaba á enterarse de estos asuntos. ¿No era Rosa para él una de tantas mujeres que se desean, se poseen y se olvidan? ¿Por qué, entonces, la ansiedad con que escuchaba á su amigo, la indignacion oculta que le inspiraba saber la historia que el mismo había pedido, el imperioso anhelo que se despertaba en su alma de conocer á Rosa y hacerse amar por ella?.... Soy un niño—se decía. He pasado por muchas borrascas para encallar, como un marino inesperto, en ese arrecife. Y precisamente se preo-

cupaba de Rosa, cuando había jurado eterno amor y fidelidad á la mujer de su camarada mas íntimo, cuando lo había traicionado en la sombra, arrancándole el honor en pago de sus favores y de su amistad.

Aberraciones inesplicables.... No! era necesario olvidar á Rosa, mirarla como una de tantas desgraciadas que se ven pasar, arrastradas por el torrente de la vida. ¡Triste destino el suyo! vivir sola, jurar amor, vender caricias y ¿á quiénes? Tal vez á indiferentes, á séres despreciables ó repugnantes.... Pero qué! Acaso no se parecía su suerte á la de ella? El tampoco amaba con sinceridad; y, sin embargo, engañaba á una mujer y traicionaba á un amigo. Su vida había pasado tambien solitaria, léjos del cariño y el calor del hogar. Su madre murió siendo él casi un niño. Lo dejó abandonado en medio de los indiferentes y de los estraños, cuando sus brazos eran débiles para luchar con las olas.

Miraba su interior y encontraba una

vasta soledad cubierta de ruinas. Nada lo ligaba á la tierra, nada, sinó el instinto indomable de la vida. ¡Cuántos amores de un dia, sin un solo sentimiento verdadero! ¡cuántos placeres amargos, cuántos remordimientos tardíos! Y su implacable pensamiento, ahondaba cada vez mas ásperamente sus heridas íntimas, como el escalpelo acerado desgarra los tejidos, se ensaña en la carne muerta y sale de la llaga cubierto de humor sanguinolento.

—¡Qué diablos es eso!—esclamó Montejo que le contemplaba con asombro, descargando sobre la mesa un enérgico golpe. ¿Habré acertado en mis previsiones?

—Dispensa, querido amigo. Tu historia me ha traido á la memoria tristes recuerdos y me he absorbido en ellos un instante.

—Qué recuerdos ni qué niño muerto! Tu piensas demasiado en esa maldita mujer.... Cuidado, mucho cuidado, sobre todo *pas de tristesse.* Pareces un poeta elegiaco, meditando en el modo de comer. Qué diablo! ¿Te gusta? Pues búscala, y déja-

la despues. Recuerda el consejo de Desgenais y toma del amor lo que toma de vino un hombre sóbrio, pero no te hagas un borracho.... Y, á propósito de vino. Estamos concluyendo de comer sin *champagne.* Mozo, una botella de Moët Chandon.

VI

Pasaron los días y los meses. Llegó el principio de la primavera. Márcos, envuelto en los mil incidentes del amor culpable, se sentía arrastrado por una especie de vértigo imposible de dominar.

Al principio se había debatido contra sí mismo lleno de energía y de nobles intenciones. Despues fué acostumbrándose á la falsedad, á la eterna mentira, al fingimiento constante y le sucedió, como á los actores que se apasionan por un papel, que llegó á cambiar su naturaleza real por la falsa que había adoptado.

Pero en el fondo, sentía una incertidumbre perpetua y un descontento incesante. En él se había producido un fenómeno bastante comun en las circunstancias especiales en que se encontraba. Despues de haber emprendido la conquista de Adela con ímpetu entusiasta, al sentirla suya, rendida y entregada, las alas del deseo se replegaron en su alma. Pero entonces empezaron los secretos de la doble complicidad que unía á los delincuentes ante la mirada franca de Zea, las dudas, los temores y todo el cortejo sombrío de las uniones ilícitas. Adela lo amaba con esa especie de fanatismo ciego de la mujer, una vez que ha dado su corazon y su cuerpo. Los lazos de la misma falta, los atractivos naturales de Adela, el eterno sobresalto de sus amores, los aguijones del deseo que no siempre era posible acallar y satisfacer, despertaron en Márcos una embriaguez que él creía muerta para siempre en el fondo de su naturaleza y cubrieron aquella frívola fiebre de los sentidos, con todos los en-

cantos y las flores de un amor íntimo y elevado.

Zea, entretanto, reposaba lleno de confianza en la virtud de su esposa y la lealtad de su amigo. Con esa triste ingenuidad de los maridos engañados, él mismo, sin comprenderlo, preparaba, de mil maneras diversas, las ocasiones en que podían verse Adela y Márcos. Unas veces dejaba á éste en el palco de Adela, y se alejaba durante horas enteras con plena tranquilidad. Otras, despues de la comida, se sentía fatigado, una dulce somnolencia invadía su cuerpo, y riendo él mismo de su perezoso amodorramiento, se retiraba á su habitacion, dejando á los amantes en un delicioso *tête-à-tête*. Adela lo dejaba partir y hablaba en voz alta con Márcos de asuntos indiferentes. Un momento despues, se levantaba; iba de puntillas hasta la puerta por donde había salido Zea, escuchaba unos minutos con ansiedad febril, y pálida, rápida, con los brazos abiertos y la boca enardecida, se deslizaba corriendo sobre las alfombras

mullidas, hasta caer en brazos de Márcos que la esperaba de pié. Y entónces comenzaban las protestas, las caricias, los mimos adormecedores y los placeres infinitos. Hablaban despacio, con las manos entrelazadas, con las miradas fijas el uno en el otro. Se repetían sin cesar, la misma eterna historia de la pasion, y ambos la encontraban eternamente nueva. La rubia cabeza de Adela reposaba sobre el hombro de Márcos, como buscando en él su apoyo natural. De cuando en cuando, quería evitar su contacto, se debatía contra sus mismas enervantes impresiones y se arrancaba bruscamente de los brazos de éste; pero, un minuto despues, se sentía esclavizada de nuevo, y, con los ojos húmedos, le decía sombría y balbuciente:

—Márcos! basta ya.... Sí, te amo, te amo.... Tú lo sabes. Pero, por Dios, no exijas esto de mí.... ¡Dios mio! no sé lo que me pasa. Tengo terror, me asusta el porvenir.

Y él repetía otra vez el himno de su

amor con elocuencia vibrante. Sus palabras cálidas, el rico timbre de su voz varonil, caía sobre el alma de Adela como un bálsamo sobre la llaga inflamada. Le pintaba otra vez la soledad de su vida, la amargura de su suerte, las desgracias de su peregrinacion humana; la conmovía y turbaba, tocando todas las fibras sensibles de su delicada organizacion femenina. Conocía su poder para llegar al alma de su víctima. Sabía emplear convenientemente el amor ó los celos, el tono imperante del mandato ó el quejumbroso de la súplica apasionada. Hasta en las situaciones mas violentas conservaba toda su tranquilidad implacable y cuando ella se abandonaba á la tiranía del sentimiento, él dominaba sus menores gestos y palabras.

Poco á poco la audacia de los amantes iba aumentando con la impunidad. Algunos dias se daban cita en las calles mas apartadas de la Moncloa, y, acudiendo cada uno por diverso lado, se encontraban ambos debajo de los árboles seculares del paseo. ¡Cómo pesaba á Adela

en esas horas la esclavitud que la obligaba á llevar otro nombre, á ocultar su amor y á entregarse en el misterio llena de sobresalto y temor! ¡Con qué orgullo se apoyaba en el brazo de Márcos, fijaba en él su mirada clara y brillante y dejaba flotar sus sueños en el mundo encantado de los ideales!—Mil planes absurdos acudían á su imaginacion de artista y se los sometía á Márcos con volubilidad. Pero éste, sonreía debilmente, y pasando su brazo izquierdo al rededor del talle de Adela, inclinando su cabeza hasta ponerla al nivel de su oído, la decía:

—Ten calma.—Todo se arreglará. No tortures de esa manera tu pobre y querida cabecita... ¿No eres feliz con mi amor?... Ciertamente, yo tambien abrigo y acaricio todos esos deseos de que me hablas... Pero, hoy por hoy, son imposibles. Esperemos... Sé prudente y nada de locuras.

Ella lo contemplaba con sus grandes ojos empañados de lágrimas, hasta que una hoja desprendida, un insecto, un mur-

mullo de voces á su espalda, los hacía correr como chiquillos, con la tez animada y la respiracion jadeante, buscando algun macizo de árboles, desde dónde dirijían miradas indagadoras en torno suyo, cayendo, por fin, el uno en los brazos del otro con esclamaciones de alegría...

Sin embargo, aquella vida de constante temor, enfriaba paulatinamente los deseos de Márcos. La comedia infame que representaba ante Zea, se le hacía hora por hora mas pesada y mas difícil. La pasion de Adela, cada vez mas absorvente, lo sometía á mil tormentos ignorados. Todos los dias se confesaba á sí mismo la necesidad de concluir. ¿Pero, cómo? Ese era el problema. Disgustado de sí mismo, cansado de los demás, Márcos pasaba una vida amarga y desencantada.—«Este muchacho tiene algun amor desgraciado»—decía Zea á su esposa, y su perspicacia grotesca estendía sobre el rostro de ésta, una leve nube de púrpura. Permanecía en su casa encerrado y solo, durante largas horas, paseando de un estremo

á otro de su despacho ó sentado en un sillon de estudio, recorriendo con ojos distraídos el primer libro que caía en su mano. ¿Qué leía? El mismo lo ignoraba. Además, otras preocupaciones de muy diverso género se mezclaban á las de su union con Adela. Su escasa fortuna, grandemente mermada, estaba léjos de darle la renta necesaria para vivir. Así, frecuentemente, echaba mano del capital. Pronto iba á verse obligado á trabajar, si no se resolvía á dejar su tren habitual, á despojarse de carruages, caballos y esas mil chucherías que lo rodeaban y que formaban, por decirlo así, parte de su vida. Una vez encarado frente á frente este horrible problema, se juraba energía y decision para someterse á su nueva existencia; pero, despues de todos sus proyectos, concluía por aplazar el instante de ponerlos en práctica. Así pasaba los días y las semanas. Sombrío y misántropo, se le veía en el Club acercarse de cuando en cuando á la mesa de juego. Una irresistible tentacion le hacía sacar su cartera y

arrojar sobre el tapete un puñado de billetes de banco. Disfrazaba su honda ansiedad debajo de una sonrisa de convencion y con manos trémulas que se esforzaba en someter como sometía los músculos de su rostro, recogía la ganancia ó se despojaba con calma de los restos de su fortuna. Pero, en general perdía, perdía cruelmente, y cuando sus amigos sonriendo tallaban con aplomo y le decían: «Ya sabes el refran..... Afortunado en amores....» una rápida contraccion desfiguraba su rostro varonil y simpático y una palidez mate se estendía como un sudario sobre su frente despejada.

Un dia, acababa de salir de la sala del juego perdiendo una fuerte suma de dinero. Entró en el salon de lectura y, maquinalmente, empezó á recorrer una publicacion ilustrada. Mil negros pensamientos batían sus alas tenebrosas sobre su frente nublada. En aquel momento entraba al mismo salon Roberal, su ganancioso contrincante, hombre de edad madura, de tez pálida y ojos saltones,

descuidadamente vestido y con una ancha calva que le ocupaba toda la parte superior de la cabeza. Venía sonriente, doblando y guardando en su cartera los billetes que acababa de ganar.

—Ya sabe V.—dijo al ver á Márcos—cuando V. quiera, estoy pronto á darle la revancha.

Márcos respondió con una sonrisa forzada; y, dirijiéndose á un grupo que estaba en el estremo opuesto, oyó estas palabras de uno de los que lo componían, á propósito del feliz jugador que partía:

—Verdaderamente, hay hombres que nacen de pié. Ahí tienen Vds. á este imbécil. Hijo de un usurero, humilla al mundo con sus millones. Lo mejor de la vida, la crema dorada es para sus lábios venenosos. Y para que nada le falte hoy, acaba de ligarse con Rosa del Monte á quien dicen ha puesto un tren magnífico....

Márcos no tuvo necesidad de oir mas. Giró rápidamente sobre sus talones y es-

capó de la reunion sintiendo un anillo de hierro que le estrujaba la garganta y un odio inesplicable que bramaba en el fondo de su alma...

VII

Desde aquel día Márcos se hundió cada vez con mayor encarnizamiento en el silencio y la soledad. Pero así como la llama, antes de extinguirse por completo, deja escapar un débil chisporroteo y levanta en un supremo esfuerzo sus lenguas azuladas, su corazon sintió un nuevo ardor en la fiebre que lo arrastraba á los brazos de Adela. Obedeciendo á ese sentimiento que hace que el criminal perseguido, antes de fugar, reuna apresuradamente los objetos mas ligados á su vida, y, jadeante, trémulo, los envuelva

con ansiedad interrumpiéndose al menor ruido de pisadas, hasta salir con cautela y correr apretando el pobre paquete bajo su brazo,—Márcos apelaba á los últimos restos de su juventud tranquila, á todos los recuerdos mas puros del pasado, como si presintiera la tempestad cercana y llegára á sus oídos el ruido de pisadas vengadoras.

Entónces tuvo con su apoderado una larga conferencia. Aquel hombre le fué exhibiendo paulatinamente el estado deplorable de su fortuna. Su voz lenta y monótona, acompañaba con esplicaciones las sumas y restas de los estados que le presentaba con impasibilidad matemática. Las columnas del debe y el haber se estendían bajo su lapiz como dos líneas de hierro que iban estrujándolo poco á poco. Aquellos números no mentían. Se aterraba al ver de golpe tantos dispendios costosos, tantos caprichos banales, tanto dinero empleado en futilezas. Y luego, meditando en lo que había gastado, día por día, en esas mil cantidades que se

deslizan insensiblemente sin dejar huellas ni recuerdos, su asombro llegaba al estremo. El resultado estaba á sus ojos: con los restos de sus bienes, alcanzaba apenas á pagar sus deudas. Su interlocutor lo contemplaba en silencio, clavando en él su mirada astuta y entornando sus ojos verdosos.

—Ya lo vé V., mi querido señor,—decía—Las deudas superan al capital.

—Y que me aconseja V. en este caso, don Serafin?

—Difícil es dar un consejo en circunstancias tan críticas.... Ah! bien se lo decía yo á V. Era imposible llevar durante mas tiempo esta vida. Ya palpa V. los resultados.

—Conforme! Pero no es hora de llorar sobre lo pasado, sinó de acudir al remedio, si es posible. Y, precisamente, en esta época, cuando tengo que salir de Madrid, verme en este trance. ¿No cree V. que me sería posible encòntrar alguien que me prestára una suma que necesito con urgencia para dentro de pocos días?...

—Prestar? Ah! Señor D. Márcos, actualmente nadie tiene un céntimo.... Sin embargo, pensándolo bien, talvez encontremos un medio. Conozco á un capitalista,—una persona escelente, que gusta de favorecer cuando le es posible, á jóvenes de las prendas de V., bien entendido, con una ganancia...

—Sí, comprendo lo que V. me dice. Me importa poco el interés. ¿Y dónde vive ese hombre?...

—Tome V. Aquí están sus señas,— y D. Serafin estendió á Márcos un papel en que había escrito unas líneas. Puede V. invocar mi nombre, Creo que quedará V. satisfecho.

Una hora mas tarde Márcos llamaba á la puerta del piso tercero de una casa de la calle de las Tabernillas, perdida en uno de los barrios mas tortuosos del Madrid antiguo. La escalera de madera había rechinado agriamente bajo su planta. Un tufo insoportable de comida rancia, aceite revenido y guisos grasientos, subía desde la portería, y se derramaba por la esca-

lera, pegándose á las paredes como el hollin al tubo de una chimenea. Apesar de ser las dos de la tarde, la oscuridad era completa. Despues de haber sido examinado por el ventanillo y de haber dado su nombre, se oyeron en el interior rumores de conversacion, cuchicheos, portazos violentos y, al fin, se franqueó la entrada á Márcos hasta el escritorio de D. Cándido Theneau. Era este un hombre de edad indefinible, alto, musculoso, de barba descuidada y canosa, ojos hundidos en el fondo de dos órbitas profundas, sombreadas por unas cejas hirsutas y resguardados por párpados hinchados, que tenían un ribete rojizo y sanguinolento. Llevaba en la cabeza un raído gorro de terciopelo, su cuerpo estaba cubierto por un roto traje lleno de manchas de grasa, sus pantalones recojidos estaban sostenidos por una ancha correa de cuero, y de las mangas de su saco corto salían las de una camisa negra y arrugada. Fumaba un mal cigarro del estanco, sentado detrás de una mesa cubierta de polvo, de

papeles y de infinidad de paquetitos cuidadosamente envueltos, ligados con hilo azul y numerados. A su alrededor, había de todo un poco. Era aquello un bazar, un pandemonium, una orgía de trapos, arcas, muebles, capas y vestidos colgados de las paredes. Veíanse dos armarios de pino, cuidadosamente cerrado el uno. El segundo, entreabierto á medias, descubría á la vista una pintoresca variedad de objetos amontonados en desórden.

Márcos abarcó de una ojeada este cuadro digno del pincel de Hogarth, y comprendió la honrada profesion del capitalista que le había recomendado D. Serafin. Pero había llegado léjos para retroceder. Su carácter se avenía mal con las largas vacilaciones. Afrontaba con descaro las peores situaciones de la vida dispuesto á seguir adelante hasta triunfar ó caer en la brecha. En breves palabras expuso á Theneau el objeto de su visita. Y entónces comenzaron las eternas quejas del usurero, esa táctica miserable que parte de una

negativa absoluta, y despues, poco á poco, vá buscando atenuaciones, encontrando medios, proponiendo arreglos hasta concluir por marear al necesitado, ponerle la pistola al cuello y arrancarle el mayor interés posible. Márcos pasó con impaciente repugnancia por todas estas crueles alternativas. Por último, cansado de la estéril lucha, iba á retirarse, cuando Theneau manifestó ablandarse y concedió quince mil duros de los veinte mil que le pedía, haciendo firmar á Márcos un pagaré á noventa días meticulosamente provisto de todos los requisitos legales.

—Ah! señor, los tiempos están muy malos,—decía á Márcos al poner en sus manos, uno por uno, los billetes de banco de que se separaba con hondo sentimiento. Por nadie hubiera yo hecho este sacrificio Pero viene V. recomendado por mi amigo Serafin, y eso basta. Somos condiscípulos, señor. . . . Yo soy pobre, vea V. Estos son mis ahorros. . . No olvide V. la fecha del vencimiento. . . La necesidad es cruel....Ya lo sabe V. seré inexorable....

Por uno de esos contrastes tan frecuentes en la sociedad, Márcos debía comer esa noche con Zea. Llegó á su casa, se vistió despacio, y guardando el dinero se dirijió en busca de su amigo. Comenzaban los días cálidos de Junio, y aquella tarde el cielo estaba cubierto de nubes que amenazaban tormenta. Las calles rebosaban. El sol acababa de ocultarse, dibujando en el occidente un alcázar fantástico bruscamente incendiado por sus postreros reflejos. Algunos coches regresaban del Retiro, con sus faróles encendidos, cortando con rapidez las nebulosidades del crepúsculo y deslumbrando los ojos de los que marchaban apretados en las aceras.

Adela y Zea esperaban á Márcos en el estudio. Adela estaba reclinada á medias en una cómoda silla baja y se quejaba de una jaqueca que la martirizaba desde el amanecer. Al entrar Márcos, hizo un débil esfuerzo y le tendió su mano fina y aristocrática con una espresion cariñosa y familiar. Poco despues, todos se sentaron á la mesa.

—Madrid se está poniendo insoportable—dijo Adela. Ya debemos pensar en el veraneo.

—¿Dónde piensan Vds. ir este año?—preguntó Márcos.

—Donde Adela disponga... Ella es siempre aquí nuestro tirano,—contestó Zea, sonriendo.

—En cuanto á mí, me he decidido por Biarritz... San Sebastian es muy bello; nada mas cómodo que la Concha para bañarse, pero la afluencia de gente lo está vulgarizando de una manera horrible.... Creo que debemos tomar á Biarritz por centro de operaciones y desde allí hacer viajes en los Pirineos... No les parece á Vds?

—Admirable, contestó Márcos.

—Por supuesto, Márcos, te veremos allí, no es cierto?—le preguntó Zea con cariño. Es necesario que tratemos los tres juntos de conocer esa admirable costa que se estiende hasta Burdeos. Nos detendremos algunos días en Arcachon, y,

en Setiembre, daremos un vistazo á Paris, para volver aquí á la entrada del invierno.

—Por cierto que el calor se deja sentir ya de una manera bastante espresiva—dijo Márcos. ¿Y cuándo piensan Vds. salir?

—No hemos fijado todavía el día. Pero será sin falta en el curso de la semana entrante.

Despues de comer, Zea bajó un momento al jardin, en busca de aire fresco, dejando á Márcos con Adela que dijo temer la humedad y se negó á acompañarlo.

—¿Irás? le preguntó ésta una vez que estuvieron solos.

—¿Lo dudas?

—Mira, no sé lo que me pasa, pero tengo tristes pensamientos... Algo me anuncia una desgracia.

Y acercándose á Márcos, de pié y apoyado en el mármol de una chimenea, clavó en él una mirada profunda y le dijo:

—No te apartes de mí, Márcos. Hace días descubro en tus ojos algo que me dá miedo... ¿Sufres? ¿Qué tienes?

—Yo? nada, vida mía. Aprensiones tuyas. No seas niña.

—Ah! Márcos, ojalá me equivoque, pero no soy feliz... Tengo aquí un consejero fiel é incorruptible—añadió indicando el corazon—y este me hace oír amargos reproches.

En ese momento, los amantes escucharon ruido de pasos. Zea entró diciendo:

—Ya comienza á llover... Verás como dentro de un instante desaparece tu jaqueca.

Todos salieron al balcon. Se hubiera dicho que el cielo negro y nublado rozaba la copa de los árboles del jardin. Una pesadez abrumadora gravitaba en la atmósfera. Ninguna hoja se ajitaba... Repentinamente una ráfaga ténue de aire tibio saçudió las ramas inmóviles, deslizándose como un suspiro. Un vivo relámpago rasgó las sombras del espacio. El rumor

sordo de un trueno hizo temblar los cristales y la lluvia comenzó á caer, pausadamente, en gotas gruesas y sonoras, mientras las sombras parecían replegarse lentamente como una enorme decoracion teatral, y una que otra luz fosforescente estallaba en las tinieblas.

VIII

Durante esos dias, fatigosos y largos, en que el sol derrama su luz implacable como una lluvia de oro fundido, los baños de mar son el tema general. Las ciudades se despueblan. La moda impulsa fuera de sus casas á millares de turistas que emprenden su peregrinacion de verano. Es necesario partir á toda costa, alejarse del asfalto caldeado por el sol canicular, de la vida en plena calle, de los cafés y los conciertos, de los teatros donde rebosa la plebe, de los circos al aire libre en que los *clowns* macilentos y sudorosos dejan caer

de la frente gotas de pintura. Es necesario partir, y todos parten. Pero en este desbande universal, en esta emigracion de golondrinas hay tambien sus rezagados y sus impotentes. La vanidad impulsa á todos, y el *bourgeois* quiere comer en la *table d'hôte* del gran señor, encajonarse como él en un wagon polvoroso, correr en la misma playa, gozar de la misma libertad, y, lo que es aún mas importante, poder mostrar al regreso una piel tostada por la brisa marina.

Hay desheredado de la fortuna, comerciante tronado ó *dandy decavé*, que cierra su puerta y se condena á una reclusion absoluta. Al llamar, sus amigos se estrellan contra esta respuesta: *¡Está en los baños!...* Un día la incomunicacion termina. El tren diario de la vida sigue su curso regular, y el imaginario viagero, goza con referir sus escursiones imaginarias.

La vida de los grandes centros y particularmente la de Madrid, se hace insoportable. Un sol de plomo; una fatiga aniquilante; las bombas de riego describiendo

arcos luminosos y salpicando á los que circulan; en los restaurants mesas desiertas y mozos que bostezan; en los paseos la muchedumbre inquieta, desbordada respira una atmósfera de emanaciones cálidas, los árboles inclinan al suelo sus hojas rígidas y sin movimiento como los pinos artificiales de Navidad. La reverberacion de los objetos deslumbra y quema; la ausencia de la alta sociedad que se dispersa como un ejército derrotado—todo obliga á seguir la corriente, y á buscar en nuevos lugares impresiones diversas.

En los baños todo cambia. Allí se va á gozar, á descansar, á fortalecer el cuerpo y el espíritu con la calma y la interrupcion del trabajo diario, de esa lucha incesante que cansa la imaginacion y enerva la voluntad mas vigorosa. Por la mañana, la playa; al medio dia, el casino, la sala de lectura, el baño si se quiere, por la tarde el paseo, por la noche el baile, la música... nada de exijencias que fastidian, de preocupaciones que matan; en las plazas, personas que leen, mujeres que cosen,

niños que se divierten; en las calles una multitud desocupada que marcha sin direccion; en los hoteles, idiomas, tipos y gerarquías diversos; en los casinos los que juegan, los que bailan y los que miran; en todas partes una tranquilidad apacible, bien distante de la fiebre de la actividad que devora...

Nada mas bello que la playa en uno de esos días serenos en que el sol luce toda su esplendidez y la brisa se entretiene en rizar la cresta de las olas. Ah! no es ese seguramente el mar que hemos soñado en las noches tempestuosas, el mar predilecto de los poetas y los pintores, desde Homero hasta Delacroix, el mar de un canto de la *Odisea* y el que hierve y gruñe bajo las tablas de la *Balsa de la Medusa*. No es el que nos hace entrever Ossian, sacudiendo la barca despedazada de los guerreros contra las aristas cortantes de la roca, en esas horas de tinieblas en que las almas de los héroes flotan en las nebulosas del espacio. No es el mar de Hugo con una maldad calculada, con

una intencion criminal, con una conciencia de verdugo y un brazo de sacrificador.

El gigante duerme á nuestros piés, se desmaya en un largo beso de voluptuosidad sobre la arena, pasa sobre los escollos, dulce como la caricia de un abuelo, por la noche entona canciones de nodriza, y arrulla la barca del pescador. Así, nadie lo teme. Los niños y las mujeres abandonan sus miembros delicados á la onda cristalina, ó evitan su caricia como la Galatea de Gil Polo. El sol se complace en arrojar sobre sus espaldas un manto de emperador y en borrar sus arrugas con un reguero de brillantes. La luna conmueve su pesada mole de titan con miradas que son una eterna promesa jamás cumplida; y él se agita, encuentra acentos mas hondos, una magestad mas grandiosa todavía al dilatarse, formidable hasta en su misma quietud...

Los bañistas á quienes Grévin ha prestado siluetas tan orijinales y tan espresivas, encuentran en la playa el campo de

sus operaciones. Hé aquí la gran exhibicion, el gran museo de figuras vivientes: *Vanity fair!*.. Nuestro mundo está lleno de aberraciones. Tomad una niña cualquiera de buena sociedad. La creeríais una flor delicada espuesta á deshojarse al menor contacto. Una palabra la ruboriza; su traje cerrado y alto modela formas pudorosas que apenas se diseñan bajo el pliegue de la tela indiscreta; una ráfaga de viento que ajite su vestido y descubra el nacimiento de su pierna torneada y fina, la hace estremecer de terror; jamás la sorprendereis en *negligé*; siempre está irreprochable y armada para la lucha del amor...Pero miradla poco despues en los baños. Su traje ceñido revela todos los secretos de sus formas encantadoras; su seno blanco palpita bajo el golpe de la ola y se levanta como un copo de nieve, vibrante y cubierto de espuma; sus brazos desnudos dejan ver admirables contornos; su cuerpo fresco y marmóreo, besado de la cabeza á los piés por el Océano—ese viejo libertino—parece una estátua baña-

da de rocío; su carne rosada tiembla y se estremece; se levanta de golpe, se hunde de nuevo en la ola que la ciñe y la recorre, palpitante y desvanecida, como si quisiera ocultarla para siempre á las miradas del hombre. Y á su alrededor, bañándose con ella, hay ojos que la acechan, hay corazones que palpitan á cada uno de sus movimientos, hay admiraciones silenciosas que enrojecen muchas mejillas....

Otros se abisman en el vértigo de las emociones terribles olvidando el azul del cielo, el centelleo de las olas, el choque de la espuma sobre el escollo, todo ese paisaje que nos encanta cuando queda en nuestra alma un sueño, y en nuestra frente un ideal. Aquellos oásis de descanso, tebaidas cariñosas en que se olvida y se vive, están devoradas por un cáncer interior. Allí donde todo parece invitar á la calma, á la dulce paz de una vida saludable y benéfica, hay un demonio emboscado y una traicion escondida. El juego atrae, espera, seduce, invita, se posesiona del alma como una querida exijente, la hace

su esclavo y la deprava lentamente para poseerla mejor. Allí se ven frentes pálidas y rostros demacrados; se oye el ruido chillon de las fichas recojidas, la voz gangosa del banquero que anuncia la pérdida ó la ganancia; allí se agrupan, llenos de ansiedad, todos los aventureros de corazon que juegan su porvenir á una carta, que sacrifican la vida y el honor por la emocion de un instante, que abren sus venas, como un romano de la decadencia, y dan su sangre por la infame alternativa del azar. Y ese cielo magnífico, ese mundo dorado y brillante que circula por las calles y las plazas, esa playa donde el mar se reclina y adormece como un guerrero cansado,—no hace mas que esconder la llaga latente y viva que corróe á un organismo dejenerado!

Aquella vida tranquila disipó por algunos días las preocupaciones de Márcos. Al principio se abandonaba á la corriente general; se levantaba temprano, iba al Puerto Viejo ó á la gran playa; asistía á las mil escenas curiosas del baño; á medio

día regresaba al hotel de Inglaterra; despues de almorzar se dirijía á la terraza del casino; y, por la noche, dejaba vagar su imajinacion enferma arrullado por el melodioso acorde de la orquesta, cuyas notas vibrantes y temblorosas revoloteaban un instante en alas de la brisa y se evaporaban en el silencio y la sombra. Entonces meditaba en su situacion, bajaba como un buzo audaz hasta el fondo de su conciencia, revolvía con implacable ensañamiento todas sus miserias morales y buscaba atenuaciones y subterfugios cobardes para depurarse ante sus propios ojos. Era necesario estar ciego para no estremecerse ante el porvenir. Una baja condescendencia con sus pasiones, el halago de la vanidad satisfecha, el deleite de los sentidos, el hábito, la necesidad de refugiarse en algun afecto desinteresado y sincero, le impedían arrancarse de los brazos de Adela. Despues de cada nueva entrevista, se juraba que aquella sería la última, se confesaba á sí mismo el absurdo de poseer mas tiempo á una mujer á quien no amaba. Sin

embargo, jamás tenía valor para romper de golpe el lazo que lo ligaba á su desgraciada amante. Al mismo tiempo, la imágen de Rosa no se separaba un instante de su imaginacion. Aquella mujer había llegado á ser una necesidad imperiosa de su existencia. Una fuerza irresistible lo arrastraba tras sus pasos. Poco antes de salir de Madrid, supo que Rosa con Ricardo Roberal, habían partido para los baños; y allí corrió él, pobre loco, embriagado por un vino venenoso, reuniendo á costa de dolorosos sacrificios un puñado de oro, y marchando, ménos por ceder á las exijencias de su amante, que por encontrarse con Rosa, respirar la misma atmósfera que ella y ¡quién sabe! quizás ligar al suyo su destino. Todo lo demás se desvanecía ante este pensamiento único, absorvente, tiránico que consumía su cerebro escitado. Olvidaba su ruina, pedía al cielo nada mas que un plazo, se acercaba tembloroso á la sala del juego, comprendiendo que el dinero era uno de los grandes auxiliares con que debía contar.

¿Qué le importaba el porvenir, su nombre, su fortuna, si al fin conseguía hacerse amar por Rosa? Cuando pensaba en esto su cuerpo esperimentaba rudos sacudimientos. No sentía ya remordimientos al pensar en su traicion á Zea; una especie de salvaje placer, contraía su rostro pálido. ¿Acaso no había él arrastrado á Rosa al abismo?.... Unos celos absurdos, infames, dolorosos, estrujaban su alma. Evocaba en un relámpago todas las escenas mas bajas que había presenciado en su vida para aplicarlas á la existencia de la mujer objeto de sus deseos. Sentía una angustia horrible, sus puños se crispaban en un arrebato de odio y una ola de rabiosa amargura subía de su corazon á sus labios como la primer arcada de un veneno corrosivo.

A su lado, los turistas pasaban como las sombras chinescas sobre un muro blanquecino, contemplados con indiferencia y fastidio. ¿Qué le importaba esa procesion de títeres, cortados todos por la misma tijera, fundidos en el mismo molde, con sus sonrisas automáticas, sus frases aprendidas

de memoria, sus cortesías palaciegas, sus movimientos regularizados como los de esos enanillos que, al dar las doce, se asoman á una puerta liliputiense en los relojes antiguos? Allí pasaban todas esas cabezas rellenas de acerrin, las unas cubiertas de almidon y colorete, fingiendo virtud y entregándose en la sombra al primer lacayo, los otros con sus trajes de turistas, con la pomposa imbecilidad de sus cerebros raquíticos,—preocupados en el lazo de una corbata ó en la figura de un *cotillon*. Y eran felices, sin embargo!.... Comían, dijerían, sabían tararear á tiempo un wals de Offenbach, conocían á diez metros de distancia la calidad de un terciopelo *broché*, distinguían al primer golpe de vista si una camisa era de Charvet ó de Doucet, si un frac era de Poole ó de Dusatoy; engordaban, alegres y sonrosados, en la placidez de un embrutecimiento crónico como los cerdos en las cálidas delicias del estercolero. La mayor parte tenían el gran poder humano: la fortuna. Y todo aquel mundo dorado, alegre, risue-

ño, era un semillero de bajas intrigas, de infames murmuraciones, una lucha de sordas concupiscencias, disfrazada por el tartufismo social, una carrera desenfrenada de voraces apetitos, una raléa de hambrientos que despedazaba al caído y ahullaba trémula y encojida ante los latigazos del poderoso. Allí cruzaban todos los crímenes, cubiertos de blondas y encajes, decorados por títulos y nombres deslumbrantes. Maridos complacientes paseaban á sus mujeres como los chalanes en la feria á sus animales en venta. Adúlteras envejecidas en el engaño, cubrían las huellas del desórden bajo una careta de virginidad infantil y reinaban en una pequeña corte de parásitos. Príncipes postizos se barnizaban con algun pergamino imaginario, jurando amor á algunas lindas americanas halagadas en su vanidad por una transfusion posible de sangre azul, y escamoteando el dinero de sus compañeros de juego, sin perjuicio de hacer ensayos de prestidijitacion con el portamonedas de algun Cristógamo Papanatas. Todo

era allí sonrisas, suspiros, pasiones fingidas, cálculo é interés ocultos bajo mil formas graciosas y brillantes. Era la sociedad moderna en miniatura, la reduccion de una llaga gangrenada. La vanidad, el vicio, la intriga, el adulterio, el robo, la embriaguez, todos los males físicos y todos los cánceres morales, habían enviado allí sus representantes, sus embajadores impuros, y aquellos muñecos perfumados y saltarines á los acordes de un festin de cortesanos, de una orgía con guante blanco, parecían los enfermos de un hospital pestilente instalados en las salas doradas de un Palacio.

Un día, entre aquella turba de indiferentes, Márcos vió pasar por la terraza del casino á Rosa, acompañada de Roberal. Desde entónces, con una insistencia de enamorado, buscó la oportunidad de hablarla. La encontraba frecuentemente en los corredores del hotel de Inglaterra, donde él vivía, pero siempre con su amante al lado. Sin embargo, la suerte estaba echada; sabía las aficiones de Roberal por el juego, y

esperaba con fundamento que ellas le proporcionarían la ocasion que buscaba. Pero, entre tanto, descontento de sí mismo y de los demás, para matar las horas de preocupacion y de fastidio, como para tentar la suerte que parecía encarnizarse en perseguirlo, una irresistible tentacion lo arrastraba al juego, y la aurora lo sorprendía muchas veces, pálido y deshecho, delante del tapete verde.

IX

—*Faites vos jeux, Messieurs. Faites vos jeux. Les jeux font faits.... Rien ne va plus....*

El monótono estribillo, repetido con un acento nasal es el único ruido que interrumpe el solemne silencio de la sala. La luz de dos anchos mecheros de gas, cubiertos de reflectores pintados de verde por la parte exterior, alumbra la mesa y los jugadores sentados á su alrededor y deja en la penumbra el rostro de aquellos que permanecen en pié. No se oye sinó el *chis chas* de las fichas de nácar y marfil. Todos los

ojos están fijos en el banquero y el tallador. Las ventanas, cubiertas por cortinillas verdes, tamizan la claridad de una luna esplendorosa. Por una de las que permanece entreabierta se vé brillar el mar azulado y escamoso como el lomo de un dragon gigantesco. La brisa suave y húmeda de la noche llega en ráfagas hasta allí, arrastrando fragmentos de melodías que se apagan de pronto y se encrespan luego como las llamaradas de un incendio lejano. Una calma que contrasta con las pasiones absorbentes que abrigan en su seno, reina en los jugadores tranquilos. Sus frentes pálidas y lijeramente contraídas se inclinan sobre el tapete. Sus manos huesosas y trémulas, juegan con las fichas con aparente indiferencia. De cuando en cuando, el tallador con su eterna melopea, anuncia la pérdida ó la ganancia. Su flexible pala barre el oro, las fichas y los billetes, formándolos en monton frente á su sitio. Despues toma una nueva baraja, la pasa al banquero, haciéndola crujir bajo sus dedos, mira en torno suyo y repite nuevamente:

—*Messieurs, faites le jeu. Le jeu est fait.... Rien ne va plus.*

Tres horas hacía que Márcos estaba enclavado por una especie de ciega fascinacion, ante aquella mesa maldita. Jorge y Adela habían llegado aquel dia. Despues de saludarlos y charlar un instante, desasosegado é inquieto, Márcos se dirigió á la sala del juego, y ya se sentía enlazado por las mil redes de este tirano implacable. Una cruel angustia se pintaba en su rostro. Para él no era el juego como para la mayor parte de los que lo rodeaban, un medio de experimentar emociones fuertes. Amaba á una mujer, se sentía arruinado y deseaba á toda costa volver al esplendor de sus días pasados. Cerca de él, Ricardo Roberal, arrojaba sobre el tapete puñados de billetes, aguardaba la decision de la suerte con imperturbable serenidad, y, á cada nuevo contraste, respondía con una nueva parada. Perdía sonriendo, en tanto que una amargura infinita anegaba el corazon de Márcos. Cada uno de sus billetes se llevaba al mismo

tiempo un pedazo de sus esperanzas. Pero un encarnizamiento fatal lo condenaba á aquella lucha sin victoria y lo obligaba á continuar á despecho de todo con infatigable ardor.

Y la suerte siempre le era contraria. Se hubiera dicho que un poder oculto se complacía en sembrar su camino de miserias. En vano apelaba á toda su sangre fría, á toda la indomable entereza de su carácter. Acariciaba los billetes de mil francos con los dedos crispados y los aventuraba sintiendo el corazon oprimido. No se detenía á meditar en el porvenir que le esperaba, cuando el último luis cayera sobre el tapete hundido en el abismo insondable de la pérdida. Esas monedas representaban su honor, su pasion, su vida. Y él, sin embargo, arrastrado por una embriaguez inesplicable, las aventuraba, una por una, y las veía fundirse y desaparecer en sus manos como en un hirviente crisol. Se aproximaba la hora de cerrarse el juego. Las apuestas recrudecían y la fiebre llegaba al de-

lirio. Muchos curiosos se habían alejado. La vasta sala estaba envuelta en una impalpable neblina. El silencio era completo. Se pensaba en un areópago de espectros al ver aquellos rostros pálidos y fatigados, aquellos ojos hundidos, aquellas fisonomías serias y contraídas. Rosa acababa de entrar al salon y se había aproximado á la mesa en que estaba Mârcos. Su rostro varonil y simpático, el brillo irresistible de su mirada, una especie de sombría decision que se leía en sus ojos, lo hacían destacarse desde el primer momento de aquella reunion heterogenea de jugadores de oficio, advenedizos de la fortuna, aristócratas arruinados, fisonomías ávidas y vulgares, en que llevaban impreso como una marca indeleble, el sello de la pasion que les dominaba. Algo estraño debía encontrar Rosa en él. Lo contempló un instante con curiosidad é interés, y acercándose á su silla, adelantó su brazo ceñido por un guante de piel de Suecia, y sosteniendo entre los dedos una moneda de oro:

—Me hace V. el favor?—le dijo.

Un estremecimiento recorrió el cuerpo de Márcos al oir el timbre de esa voz y encontrar á su lado á Rosa, sintiendo el soplo de su aliento pasar sobre sus cabellos, recibiendo el suave efluvio que se desprendía de su cuerpo perfumado. Colocó la moneda y esperó con ansiedad. Las cartas cayeron, una por una, con rapidez. Rosa ganó é hizo ganar á Márcos. Una segunda, una tercera, una cuarta vez el luis de oro pareció atraer la buena suerte. Los jugadores supersticiosos iban quizá á tomar á Rosa por *tête de jeu*, cuando ella guardó las fichas que había ganado y girando sobre sus talones salió lentamente de la sala, seguida por Márcos.

La terraza del casino estaba casi desierta. Una luna espléndida iluminaba el firmamento. Las estrellas parecían titilar en el azul profundo del espacio. A lo léjos, se estendía el mar plateado por los rayos del astro melancólico. Sus olas besaban dulcemente los escollos, disolvién-

dose en mil copos de espuma blanca y efervescente. La arena parecía salpicada de lentejuelas. Una brisa fresca y salada, había sucedido á los calores del día. A la izquierda se contemplaba el puerto de los pescadores con sus barcas inmóviles como cachalotes dormidos. A la derecha, se destacaba la masa imponente y aislada del palacio de Biarritz, y allí en el fondo una confusa aglomeracion de villas y hoteles, elegantes ó modestas y la plaza Bellevue dominando la gran playa y el edificio de los baños.

Rosa fué á apoyarse sobre el estremo de la terraza que dá al mar y desde a, quella altura paseó su mirada por el horizonte. El ruido de las pisadas de Márcos la hizo volver rápidamente la cabeza. Y entónces, por primera vez, se encontraron frente á frente, ella con una mezcla de curiosidad y de interés instintivos-él lleno de amor y de ansiedad.

—Rosa, por piedad, escúcheme V. un momento, dijo Márcos.

Y aproximándose á ella, dominándola

con sus ojos francos y luminosos, un torrente de palabras apasionadas brotó de sus labios palpitantes. La refirió el nacimiento de su amor, las mil alternativas porque había pasado; la abrió su corazon y analizó sus mas ocultos sentimientos con implacable verdad. Hablaba, al mismo tiempo que con la voz, con el gesto, con la espresion, con la mirada. Su acento tenía inflexiones armoniosas y cálidas que llegaban al alma de Rosa. Ella lo escuchaba en silencio, arrullada por sus frases dulces y trémulas, y, de cuando en cuando, le decía:

—Es cierto cuanto V. me dice?.. No lo puedo creer!

Y él repetía nuevamente sus juramentos y hacía vibrar otras cuerdas en el alma de Rosa. La súplica se mezclaba en sus palabras á la admiracion, al elogio, al estallido de la pasion, al entusiasmo del artista inspirado por la belleza. Se sentía rejuvenecido, alegre, elocuente ante aquella muger que lo embriagaba. Miraba el porvenir cara á cara, con desfacha-

tez y sin miedo. A su vez ella sentía emociones nuevas y agradables. Ese lenguaje no era el que estaba acostumbrada á oir desde hacía muchos años. El amor había sido para ella una especie de contrato comercial, convenio frío y amargo, en que entregaba su cuerpo como un objeto de lujo y de placer. ¿Cómo no esperimentar una sensacion deliciosa oyendo á Márcos, viendo desarrollarse á sus ojos las mil escenas de un drama íntimo cuya existencia ni siquiera sospechaba? Sus ojos se entornaban á medias. Cansada de proporcionar placeres y sedienta de probarlos, toda su depravacion moral se ponía al servicio de sus deseos, y en una ráfaga de enervante sensualidad, se estremecía al pensar en los deleites que olfateaban sus sentidos.

Entónces miró en torno suyo con rapidez. Sus ojos estaban lijeramente enrojecidos. Con un movimiento resuelto tomó el brazo de Márcos, apoyó en él su brazo carnoso, lo envolvió en la atmósfera de fuego que parecía rodear los contornos

de su cuerpo, acercó al suyo su rostro animado y juntos caminaron, silenciosos y trémulos, hasta el hotel de Inglaterra. Todo reposaba en los corredores del vasto edificio. Las primeras luces del alba penetraban por los cristales. Al llegar frente á sus habitaciones, Márcos se detuvo, contemplando á Rosa.

—Te separarás ahora de mí? la preguntó.

—Nó!—respondió esta, resueltamente.

Sus ojos despidieron un relámpago; y, al cerrarse detrás de ambos la puerta de la habitacion, se oyó el ruido de un beso apasionado y un sollozo de voluptuosidad ahogado en suspiros y caricias.

X

Rosa estaba lejos de ser una mujer vulgar. Allá en sus años infantiles, una primera falta la había empujado en el áspero sendero que recorría, pero en el fondo de su alma los buenos sentimientos no estaban muertos del todo, y su voz apagada y débil se hacía oír, de tarde en tarde, en su conciencia, acallando el tumulto de su vida de aparente alegría. Hasta la edad de diez años, había vivido en una provincia lejana. Su infancia, desenvuelta al aire libre, sin trabas de ninguna especie, no le había dejado impreso nin-

gun ejemplo de virtud. Despues de sus correrías interminables en los alrededores de su pueblo natal, regresaba al hogar humilde de su familia. Su padre, viejo empleado con cesantía, gastaba en aguardiente mas de la mitad de su modesta pension. Lo veía, narcotizado por el alcohol, con los ojos encendidos y la mirada vaga, al lado de la vieja mesa de pino de una de esas cocinas lugareñas que son, al mismo tiempo, sala y comedor,—caer desde su profunda atonía, en frecuentes arrebatos de cólera. Su madre trabajaba sin cesar, llevaba de frente, doblegada por la pobreza, todos los quehaceres domésticos. Era el ama de cría del menor de sus hijos, lavaba los raídos trapos de la numerosa prole, preparaba con sus propias manos la escasa comida, y de noche, pálida y desencajada, soportando en una especie de idiotismo resignado los malos tratamientos de su marido, zurcía junto al hogar las prendas de su traje remendado.

Todos los años aquella vida uniforme

se interrumpía de idéntica manera. La madre se ponía paulatinamente pesada para el trabajo, hasta caer por fin en cama, dejando que sus hijos y su marido se bastáran á sí mismos. Una vieja comadrona, llamada por la paciente, se instalaba por uno ó dos días en la mansion destartalada. Despues de un tiempo mas ó menos largo se escuchaban ayes y gritos desgarradores. Los niños bulliciosos y hambrientos, suspendían sus juegos. El padre ébrio abría desmesuradamente los ojos como si una chispa de inteligencia y de amor iluminara las tinieblas de su espíritu. Los niños eran luego llamados por la comadrona, y examinaban, uno por uno, con apática curiosidad una pequeña masa de carne, un esbozo de ser despellejado, sanguinolento, con los ojos cerrados, la cabeza cubierta de una pelusa húmeda, viscosa, envuelto en pañales súcios y desgarrados.—«¿Veis?—se les decía. Es un angelito, un hermano que viene para jugar con vosotros». La enferma yacía en un mudo sopor, interrumpido

tan solo por el llanto tenaz del recien nacido, que le pedía de mamar. Lo atraía entonces á su lado con paciente dulzura y acercaba á sus labios pálidos el pezon arrugado, flojo y negro de su seno empobrecido. Y aquel hijo del embrutecimiento y de la miseria, aspiraba ávidamente el líquido incoloro que parecía prepararlo de antemano al sufrimiento, haciéndole probar, desde la cuna, el cáliz de la amargura, mientras el destino remachaba en la sombra el férreo grillete de su esclavitud terrestre.

Al cumplir Rosa diez años, la situacion de su familia era de todo punto desesperada. Su madre recordó entonces que tenía en Madrid una vieja tia cuya existencia era relativamente desahogada, y acallando sus sentimientos amorosos, le escribió para rogarla se hiciera cargo de su hija. Despues de varias horas de diligencia, Rosa se encontró trasportada como en un sueño al quinto piso de una casa vetusta, estraviada en el laberinto de callejuelas de uno de los barrios

mas populosos de la gran capital. Su tia llevaba aun el luto de su marido. Era una mujer alta, seca, huesosa, áspera y avara. La contempló en silencio y, como absorta por la sana y juvenil belleza de la niña, jugó un momento con sus negros cabellos que rodaban ondeando por su espalda.

—Vivirás conmigo—la dijo—como si fueras hija mía. Yo, como ves, estoy vieja y cansada, y necesito alguien que me acompañe. Nos levantaremos temprano, arreglaremos la casa y los días de fiesta iremos á misa. Es necesario que aprendas á trabajar para que no te encuentres jamás en la situacion de la loca de tu madre. Te enseñaré á coser y no te faltará nada si eres buena y juiciosa.

Todo le faltaba, por el contrario, en aquella especie de cárcel oscura, infecta y ahogada: el pedazo de pan negro devorado en los caminos polvorosos, los zuecos rellenos de paja que castañeteaban sobre las piedras; los árboles de los huertos doblándose al peso de la fruta madura;

la vieja escuela del municipio con sus paredes blanqueadas y su negra pizarra en que embarullaba las letras del alfabeto mal aprendido! Todo le faltaba: sus amigos de parranda con los trajes hechos girones y los piés desnudos, desbalijando nidos ó atravesando con el pantalon remangado las aguas del arroyo cristalino; su madre bondadosa, quebrantada por las penas; su padre de quien huía cuando lo miraba sombrío, pero que en sus buenos momentos acercaba el vaso á sus labios inocentes y reía de sus muecas al hacerle probar algunas gotas de licor que quemaban su garganta! Todo le faltaba: aquella misma miseria de que no se daba cuenta, aquel alegre abandono, aquella libertad interrumpida solamente por las horas de escuela y las lecciones de catecismo en la antigua iglesia del lugar; y, mas que todo, le faltaba el bien de Dios, el tesoro inagotable del desheredado, el cuadro de los campos cubiertos de mieses amarillentas, el sol brillante dejando caer sobre su frente una lluvia de rayos dora-

dos que animaban el brillo de sus ojos y el colorido de su tez, el aire fresco de la mañana que enredaba sus cabellos sueltos, los matorrales teatro de los juegos del escondite, los carros de ruedas rechinantes en cuyo fondo se suspendía desafiando las iras del conductor adormecido; y, al llegar la noche, el sueño profundo sobre el jergon comun en que dormían sus hermanos, arrullados por el sonido lejano de la esquila y el ladrido de los perros que vijilaban en las haciendas cercanas!.....

Una languidez profunda, una melancolía incurable sucedió pronto á su alegría tumultuosa. . En las largas noches del invierno, tiritando acurrucada entre las sábanas burdas de su lecho de fierro duro y helado, con la memoria reproducía, uno por uno, los cuadros de su niñez. Pensaba en sus pobres hermanitos, en su viejo padre, en la víctima que le había dado la vida, en las visitas periódicas de la comadrona que diezmaba los corrales vecinos con el pretesto de hacer caldos para la enferma,—y la aurora pálida y tar-

día, alumbraba con frecuencia sus llantos silenciosos, su ánsia de volar, como una ave sedienta de luz y de espacio, en los campos natales, fecundados por el suave calor de la primavera!

XI

Durante los cuatro años en que arrastró esa vida, su única diversion era la iglesia. Las altas bóvedas la llenaban de asombro y de respeto. Estaba familiarizada con los bancos gastados y los reclinatorios pulidos por el uso. El humo pegajoso del incienso la turbaba como un hálito celeste. La misa era para ella un espectáculo eternamente interesante y que la llenaba de ideas estrañas. Con su pequeño libro de oraciones en la mano, despues de dirijir una sonrisa al jóven monaguillo que trasportaba los Evange-

lios de uno á otro lado del altar y sacudía con la regularidad de un péndulo el incensario, su imaginacion parecía mecerse en las notas del órgano sagrado que revoloteaban en el ámbito sonoro de las naves, se escurrían entre los pilares, se posaban un momento en el altar mayor y tomaban el vuelo evaporándose pronto y huyendo por las altas vidrieras de colores!

Un día, al levantar los ojos, vió de pié, apoyado en una columna, á un jóven militar que la contemplaba con insistencia. Sin comprender la causa, bajó los ojos al suelo ruborizada. Desde entonces, sea en la puerta, sea en la calle, sea en el mismo seno de la iglesia aquella figura pareció convertirse en sombra suya y perseguirla por todas partes. Ella, sin embargo, no se sentía mortificada por esta persecucion. Estaba plenamente desarrollada, y su temperamento vigoroso se abría, como una flor tropical al beso de los rayos solares, á los anhelos instintivos del amor. Un día, al salir, confundido entre la muchedumbre, Jorge deslizó un

billete entre su mano. Enrojecida y aterrada quiso rechazar su audacia, pero sus dedos se cerraron apesar suyo y estrujaron el papel culpable.

Cuando estuvo sola leyó y releyó mil veces aquella epístola. Todo un mundo desconocido y misterioso se entreabría para su alma. Era como un náufrago arrojado por las olas, en medio de las tinieblas, á una playa desconocida, que, al abrir los ojos medio desvanecido todavía, se ve en el centro de un paisaje encantado, al borde de un manantial donde apagar la sed, y á la sombra de árboles que desmayan al peso de la fruta tentadora.

Aquel billete quedó sin respuesta pero otros le siguieron. ¡Cuántas luchas íntimas tuvieron entonces por teatro la imajinacion turbada de Rosa! Su amante le hablaba de amor eterno, le pintaba la felicidad de una vida tranquila, entregados el uno al otro, en una casita de campo, rodeada de árboles y de flores. Podría correr, cuidar sus pájaros, descansar sin temor en las horas de la siesta, hacer su

voluntad, gozar libre y contenta de todos los halagos de la juventud. Y todo esto se le brindaba en cambio de un poco de amor... Amor! amor!—se repetía. Y durante largas horas ahondaba esta palabra deslumbrante, quería desenmarañar sus misterios, conocer de golpe todo lo que ella le dejaba presentir. Se estrellaba contra su ignorancia, y, con una especie de sorda irritacion, tornaba á sus meditaciones incesantes. Educada en un hogar pequeño, en forzosa comunidad con sus padres y sus hermanos, estaba lejos de tener la pureza de la inocencia. Mas de una vez, en la sombra de la alcoba, había escuchado voces impuras y asistido conteniendo el aliento, con el pecho palpitante y los ojos abiertos en la oscuridad, á escenas vagas, confusas que no definía del todo, pero que la hacían enrojecer.

Había llegado la primavera y con el despertar de la naturaleza aletargada coincidía en su ser todo un renovamiento íntimo. En esta situacion, una mañana se encaminó á la Iglesia dejando á su tía en-

ferma en el lecho.—«Tengo que cumplir un voto»—la dijo para vencer su resistencia. Una especie de curiosidad malsana la hacía desear encontrarse con su enamorado. La fiebre de la pubertad hinchaba sus venas y hacía correr fuego por su sangre. Estaba en ese estado periódicamente interesante que precede y sigue en la mujer al cumplimiento de esa ley eterna que parece atarla á la tierra con las debilidades de una naturaleza enfermiza. Un sol espléndido inundaba de claridad resplandeciente el ámbito del espacio. Su boca se abría con delicia para aspirar el aire tibio y perfumado que resbalaba sobre su frente con la dulzura de un beso. Su corazon latía con violencia; y al penetrar dentro del templo, al encontrarse en la penumbra del pórtico, con los ojos aun deslumbrados por la luz del esterior, sintió que sus piernas flaqueaban y que una angustia insoportable oprimía su garganta.

A la salida, Jorge adelantó y, como siempre trató de cambiar con ella algunas palabras. Pero en vez de pasar rápidamente

como ántes sin contestarle, ésta vez Rosa se detuvo á medias como si una fuerza incontrastable paralizára sus movimientos.

—¿Habré logrado ablandar, por fin, á V. Rosa?, preguntó Jorge poniéndose á su lado.

Rosa no contestó.

—He pedido á V., que me escuche tan solo un instante... y siempre ha permanecido inflexible. ¿Quiere V. ceder hoy, Rosa? Vea V., nadie nos observa, tomaremos un coche y allí podré decirle á V. todo lo que deseo. Despues, si V. me rechaza nada habrá perdido V. Se lo juro por mi honor.

—¿Y si me vén? preguntó Rosa con acento débil.

—Nadie nos verá, no tema V. Yo saldré delante. Venga V., por esta puerta pequeña.

¿Cómo pudo pronunciar la palabra: Vamos? Ella misma jamás se dió cuenta de esto. A la mañana siguiente, al despertar en un lecho de hotel, al pasear la vista

por el cuarto desconocido en que se encontraba, recordó todo como á través de un sueño. Se veía en un paseo solitario, oía el chirrido del carruaje sobre la conchilla de la alameda, sentía los brazos de Jorge que la enlazaban, el fuego de sus labios encendidos, un torrente de palabras cuyo sentido á veces se le escapaba, y de exijencias que no comprendía. Un aturdimiento enervante turbaba en ella la percepcion exacta de la realidad. De cuando en cuando, sus nervios exitados, en una tension insoportable, la tiranizaban con deseos vivos y renacientes que lacera-ban sus sentidos. Su garganta estaba seca; sentía ánsias de llorar; los músculos de sus piernas, tirantes, le producían calambres en las articulaciones. Mas tarde, Jorge y ella sentados en una mesa de restaurant, en un gabinete cuyo lujo le parecía asiático, con espejos rayados por las aristas de mil brillantes, llenos de cifras, nombres, promesas y palabras escabrosas; platos suculentos que jamás había probado; un vino claro y dulce que no amortiguaba su

sed pero que acariciaba su paladar. Los mozos, de frac y corbata blanca, entreabriendo la puerta confidencialmente y adivinando sus menores caprichos. Por fin, con la cabeza turbada, apoyada en el brazo de Jorge para bajar las escaleras, el elegante cupé que la esperaba, las luces desfilando á derecha é izquierda como en una ronda fantástica, el lujoso Hotel con su vestíbulo alfombrado y sus habitaciones tapizadas de rojo. Se veía sola con aquel hombre que la abrazaba, la besaba, la empujaba al lecho mullido de anchas y pesadas colgaduras. Quería defenderse, huir, tenía miedo de aquella especie de locura que trasportaba á Jorge, jadeante, impaciente por probar las dulzuras del amor. Se desprendía de sus brazos y una espresion grosera brotaba de los labios de su amante. ¿«Acabarás de desnudarte, gazmoña?—la decía este, arrancando los botones de su humilde bata de los días de fiesta.

Y despues... Oh! aquella violencia, aquella escena repugnante y dolorosa, aquel

cuerpo sudoroso pegado al suyo, aquella boca contraída que apretaba sus labios y, en el vértigo del sensualismo, le hacía torpes reproches y maldecía su ignorancia y su desvío, aquellos ojos estraviados que devoraban sus bellezas ocultas, el sufrimiento agudo, la bestia cebada en su cuerpo... todo ese aparato grotesco y horrible era el amor con que había soñado!... Sus ideas flotaban sin consistencia como las tablas de una balsa rota arrastrada por las olas.. Un quebrantamiento general la hacía ensayar toda clase de posturas sin encontrar ninguna que la conviniese. La luz del sol, tamisada por el espeso cortinaje, diseñaba apenas los objetos de la habitacion. A su lado, tendido de espaldas, con los labios entreabiertos, la cabellera enmarañada, y los ojos hundidos, rodeados de un círculo amoratado, Jorge dormía profundamente. Lo contempló un instante con una espresion indefinible, mezcla de repugnancia y de curiosidad, y dos hilos de lagrimas silenciosas corrieron por sus mejillas!...

XII

Al principio vivieron en una casita próxima á la ciudad. Rosa se acostumbró pronto á aquella existencia libre y desahogada, y, borrada la primera impresion de su caída, se aferró al amor de Jorge como á la única garantía de su felicidad. Era dócil, buena, sencilla y cariñosa. Su amante la dominaba por completo. Permanecía ausente de su lado la mayor parte del día regresando á la caída de la tarde, para acompañarla hasta la mañana siguiente.

Jorge era uno de esos jóvenes que no

han probado sino la miel de la existencia y cuyo corazon se resiente del hastío de la felicidad. Rico, independiente, poseedor de un nombre justamente respetado, una inquietud perpétua lo hacía volar de conquista en conquista sin fatigarse jamás. Habituado al gran mundo, á la vida de club y de salon, á pasar del tocador dorado de la gran dama á la alcoba perfumada de la horizontal,—aquella niña que se le entregaba con tanta facilidad, aquel capricho pasajero, satisfecho sin pena, debían cansarlo rápidamente. Al principio, encontraba en ella el mérito de la novedad, el placer de trasmitirle su impura ciencia de la vida. Pero despues, llegaron las veladas solitarias, pasadas frente á frente, sin otra conversacion que las niñerías de la infancia de Rosa, los chistes campesinos de la comadrona, las siluetas abigarradas de los personajes de la aldea que ella repetía con una ingenuidad abrumadora; y Jorge pensaba, sordamente irritado, en la sala del teatro Real que en ese momento debía rebosar de gente, en la cena del

club, la mesa del *baccarat*, los chismes sociales sobre la última intriga de la marquesa á la moda ó el duque en inminente bancarrota. Sus amigos se burlaban de su «idilio con olor á establo,» como ellos decían.. La educacion de Rosa era primitiva; su ortografía fantástica le crispaba los nervios; en la cama, esperaba con impaciencia y fastidio que ella terminára su padre nuestro cuotidiano para darle las buenas noches. Para distraerse había llegado á convertirla en un simple objeto de placer. Pero, tras el abuso, llegó pronto el fastidio. Y Rosa no comprendía la verdadera causa del alejamiento de su amante, de sus frecuentes irritaciones, de sus inquietudes constantes. Algunas veces, Jorge partía con cualquier pretesto fútil, sin regresar á la hora de costumbre. Entonces eran llantos interminables, mudas recriminaciones, protestas de cariño de esa pobre víctima de la sensualidad que amaba á su amante con el fanatismo de una esposa.

Hacía algunos días que esperimentaba

un malestar general. Algunos fenómenos parciales la habían preocupado seriamente. Se sentía fatigada, nerviosa, lloraba al menor contratiempo, sus funciones digestivas estaban alteradas. Al principio ocultó sus temores pero despues de algun tiempo, habló á Jorge de su mal.

Un médico amigo de Jorge fué llamado al instante. Despues de una visita minuciosa, y mil preguntas sobre los síntomas que sentía, sobre los antecedentes de su vida y de su familia,—el médico procedió á un exámen á que Rosa se resistía llorando. Pero en vista del furor de Jorge y de las reflexiones que se le hacían, se decidió á someterse, temblorosa y avergonzada, á todas las exijencias facultativas. Los tesoros de su cuerpo juvenil, entregados á la voracidad de la ciencia, fueron examinados uno por uno. El médico se levantó y, sin decir una palabra, hizo una señal á Jorge, como indicándole que deseaba hablar á solas con él.

—Amigo mío—le dijo: no hay lugar á duda. Lo que tiene su querida es

la intencion manifiesta de hacer á V. padre; para ver si de esa manera se le sienta á V. el juicio! añadió sonriendo.

—Cómo! embarazada?. . . .

—Lo que V. acaba de oír.

—Pero eso es imposible, eso es espantoso para mí.

—Lo siento mucho, pero V. comprenderá que no es mía la culpa, no es cierto?

Aquella revelacion aterró á Jorge. Un hijo, una mujer de la clase de Rosa, ligada á él, moralmente, por lo menos, para el resto de su vida; su porvenir que se presentaba tan brillante, bruscamente cortado por esa union ilícita que ya le pesaba como una montaña; los blasones de su familia manchados por la presencia de un bastardo,—y todo, todo por algunos momentos de placer brutal, estúpido, sin altura moral y sin calor íntimo y amoroso!

—Pero en fin,—exclamó,—Debe haber algun medio de impedir esta verdadera calamidad. La ciencia no puede permanecer impotente, ante un miserable obs-

táculo de esta especie. Un abortivo!...¿Qué dice V. á eso, doctor?

—Digo que hay muchos medios para hacer lo que V. indica, pero en el caso actual, esos medios son infames. Ahora, amigo mío,—añadió levantándose y tomando su sombrero con sequedad manifiesta—mi mision de médico ha terminado. Y, escuso decirle á V. que, como amigo, estoy menos dispuesto aun á cometer una villanía....

El contragolpe de las emociones, porque acababa de pasar, había quebrantado á Rosa. Sentía escalofríos, un cansancio general, una pesadez insoportable en la cabeza. Se encontró tan mal que resolvió acostarse.

—¿Qué ha dicho el médico?—preguntó á Jorge.

—Nada alarmante—la contestó este, pálido y contrariado—Es una debilidad general y un poquito de fiebre. Esto te pasará dentro de un momento. Has hecho bien en acostarte.

A su vez, él corrió á su escritorio ja-

deante y tembloroso. El pasajero capricho que le había inspirado Rosa, había muerto del todo en su alma. Y ahora pensaba en ella con una especie de furor reconcentrado, la acusaba de egoismo y de cálculo, buscaba en el fondo de su fidelidad algun móvil interesado, y, en su obcecacion, olvidaba que él era la causa única, de su desgracia, el solo culpable sobre quien debía recaer la condena. Entonces pensó en abandonarla, en separarse de ella, pero la idea del hijo que llevaba en las entrañas, lo detuvo. Era suyo, al fin. Estaba en la conciencia de todos sus amigos que conocían su existencia marital con aquella mujer. ¿Cómo sería juzgada su accion? Al mismo tiempo, se revelaba ante la perspectiva de aquella forzosa paternidad. ¿Qué es Rosa despues de todo? se preguntaba. Ah! es necesario dejarse de lirismos románticos. Es la carne de cañon destinada á ese destino. Condenada á caer, le convenía haber caído con él. Su inocencia..... ¡Valiente inocencia que se doblega al primer ata-

que! Su bondad..... Si, mucha bondad se necesita para resignarse á vivir cómodamente, sin preocupaciones, sin necesidades, dejándose acariciar y satisfaciendo sus menores deseos, cuando uno ha estado habituado á los malos tratamientos y al pan de municion de los miserables. Se había entregado á él; convenido. En cambio, él la había pagado; estaban á mano. ¿Acaso había supuesto esa imbécil que porque le habría gustado en el prestigio de su virginidad, iba á casarse con ella?.... Y un pensamiento criminal hacía latir sus sienes y lo turbaba con sus bajas sujestiones.

Talvez en algun libro médico encontraría el medio de salvar aquella situacion. Ah! todos decían lo mismo. Eran voces que condenaban su accion y flajelaban implacables su propósito criminal. Ejercicios violentos, baños calientes, purgantes, la ruda, el ioduro de potasio.... Eran esos los medios mas fáciles ¿se atrevería á emplear alguno? Pensativo y sombrío se encaminó al dormitorio. Rosa reposaba

con el seno descubierto y uno de sus brazos pendiente de la cama. Al ruido que hizo al entrar, se despertó.

—¿Que hora es?—le preguntó. Estoy algo fatigada. Ven, siéntate un momento aquí. ¡Me gusta tanto estar acompañada por tí!....

—Si no deseas otra cosa, aquí me tendrás siempre, querida mia—contestó Jorge abrazándola. Y luego, tratando de disfrazar el temblor de su voz:—¿No crees que un baño te sentaría bien?—Mira, dejémonos de médicos. Déjate cuidar por mi, ¿quieres?

—Haz lo que quieras. Te pertenezco en cuerpo y alma. Soy tuya como tu eres mio, no es cierto?....

Jorge escribió en un papel la fórmula aprendida momentos antes y mandó prepararla á la botica cercana.

Dos horas despues, la vida de Rosa peligraba. Una hemorragia copiosa se había declarado. Su espíritu se estinguía lentamente. La fiebre enrojecía los pómulos de su rostro desencajado. Todos

los remedios habían sido inútiles. Aterrado, Jorge sentía desvanecerse su cabeza. Un remordimiento encarnizado, horrible, borraba en él su decision anterior. Entonces comprendía toda la audacia y la infamia de su accion, y el espectro del crímen se levantaba iracundo ante sus ojos. Un temblor convulsivo ajitaba sus miembros. Rosa le hacía señas de aproximarse á ella. Pero él esquivaba la mirada ya enturbiada de sus ojos tan hermosos, como si leyera en ellos un invisible reproche.

—Un médico, un médico!—gritó Jorge fuera de sí.

¡Nada le importaba en el mundo con tal de no tener siempre grabado en su imaginacion el cuadro terrible de esa escena de muerte!

El médico del pueblo, llamado con rapidez, entró sin mirarlo siquiera y se dirigió al lecho de la enferma. Una inspeccion lijera, cuatro palabras cambiadas con Rosa, presentaron la terrible verdad ante sus ojos.

—Cinco minutos mas, y todo hubiera sido inútil. ¡Oh, el infame!—exclamó sin

poderse contener ni saber á quien se referia. ¡Un abortivo! ¡Pero esto es un crímen! pero esto ha podido ser un asesinato....

—Silencio! por piedad, silencio! exclamó Jorge, interrumpiéndolo con un acento de profunda angustia, y estrujando con su mano nerviosa el brazo del facultativo.

Era demasiado tarde. Rosa habia oido aquellas palabras terribles que, en un relámpago, descubrieron todo un mundo para su alma. Pálida, cadáverica, con el cabello suelto y la mirada fija, recojió las últimas fuerzas que quedaban en su cuerpo estenuado, é incorporándose en su lecho de dolor, fulminando á su amante tembloroso, con un acento débil, silbante, angustioso como el estertor de un moribundo:

—Eres un miserable!—le dijo.

Y, desplomada, cayó sobre las almohadas sin conocimiento!

.....

XIII

Al despertar Rosa y Márcos, la union estaba pactada. Rosa halló medio de ofenderse y provocar una querella á su ex-amante Roberal, y, despues de arrojarle al rostro envuelto en algunas frases amargas y crueles, todo su desprecio y su repugnancia,—lo dejó entregado á una cólera que no encontraba medio de manifestarse.

—¿Qué haremos? — habia preguntado Márcos. ¿Nos quedaremos aquí ó iremos á algun otro punto?

—Lo que tu dispongas, querido mio—

le contestó Rosa.... Todo, menos acercarte á esa maldita mesa de juego.

—Si?—Pues entónces alejémonos. Recorramos un poco los Pirineos, para ir á Paris dentro de un mes. ¿No te parece bien?....

—Delicioso, delicioso! ¡Cómo nos vamos á divertir! Solos, libres, contentos! ¿Con que iremos á Paris? Precisamente estoy necesitando algunas cosas que allí se compran baratísimas y mucho mejores que en Madrid....

Despues de cada cuatro palabras comenzaban los besos, los mimos, las locuras sin fin. Almorzaron en sus habitaciones, se sentaron frente á una ventana que daba al jardin de entrada del hotel, y la tarde los sorprendió en cuchicheos interminables, con las manos enlazadas, fabricando planes para el porvenir.

A la mañana siguiente las maletas estaban prontas y Rosa concluía de dar la última mano á su vestido de viaje delante del espejo, cuando Márcos volvió de despedirse de Zea y de Adela. Les había dicho que

un negocio urgente lo llevaba á Mádrid, que trataría de arreglarlo lo mas pronto que le fuera posible, para regresar á unirse nuevamente con ellos. Adela lo contemplaba con tristeza. Notaba en su animacion, en su rostro algo fatigado pero resplandeciente, algo estraño que la aterraba. Le estrechó la mano con aparente frialdad sintiendo que sus ojos se empañaban de lágrimas. Zea lo llamó aparte.

—Márcos—le dijo.—Sabes que puedes contar con mi amistad. Si tus asuntos van mal, si por cualquier circunstancia te vieras afligido por una miserable cuestion de intereses, no olvides que te quiero como un hermano, y acude á mí.... No necesito insistir sobre esto porque cuento con tu amistad y me conoces bastante para saber si soy sincero.

Una horrible emocion sacudió el alma de Márcos. Una doble imágen vengadora se interponía entre su amigo y él. De un lado, su traicion; del otro, el pasado de Rosa. Y, al mismo tiempo, en una vision instantánea, veía el fantasma de la

ruina adelantar hácia él, paso á paso, con los brazos abiertos y la mueca de sus labios sin encías. Con una sola palabra, su amigo podía salvarlo. Vaciló un segundo y en ese instante fugaz, mil pensamientos cruzaron por su mente. Nó; eso era demasiado. Un resto de orgullo le hizo rechazar la posibilidad de la nueva infamia y se redujo á contestar:

—Gracias, Zea. No olvidaré tu ofrecimiento. Por hoy no hago mas que agradecértelo.

Aquel mes de escursiones y viajes fué un vértigo contínuo. Rosa, como todas las mugeres de su clase, conocía la ciencia de agradar y sabía hacer feliz á su amante, de mil modos diversos. Cambiando sin cesar de localidad y de paisajes, los viajeros llenaban sus residencias transitorias con los estallidos de la alegría y el delirio del amor. Se abandonaban sin reserva á los incentivos del placer y jamás agotaban sus caricias. Una fiebre incesante parecía correr por sus venas y emponzoñar su sangre enardecida.

Aquel agotamiento contínuo, aquel derroche de sensaciones y de deleites enervantes, aquella sobrescitacion de los sentidos, preparados y aguzados para las luchas de la pasion,—doblegaban y aflojaban los resortes de la voluntad de Márcos, reduciéndolo á ser un juguete de los caprichos de su querida.

Se dejaba arrastrar por la corriente, cerraba los ojos y los oídos al cuadro aterrador que se presentaba á su vista, y á los rumores amenazantes que lo turbaban. Los días se sucedían diluidos en esa somnolencia sensual. Cuando intentaba arrancarse á su estancamiento mórbido, el fuego de los labios de Rosa lo hundía nuevamente en un sueño semejante al del opio. Entonces se cruzaba otra vez de brazos como el marino que se vé sin salvacion sobre el puente frájil de un navio destripado por el filo del escollo.

En esta situacion llegaron á Paris. Se alojaron en el Gran Hotel y juntos comenzaron esa vida rápida y deslumbrante de la Capital. Pero Rosa, despues de

haber subido á las torres de Notre Dame, y al Arco de Triunfo, despues de haber recorrido los museos del Louvre y de Cluny, despues de haber visitado los teatros que comenzaban á abrir sus puertas, sintió un inmenso fastidio por todos esos cuadros que nada le decían, por todas esas antigüedades asirias ó egipcias, griegas ó romanas, fragmentos de un arte superior á su educacion de muchacha de pueblo, hija del azar, coronada reina por la suprema majestad de la carne. Márcos, por otra parte, la dejaba hacer su voluntad, incapaz de oponerse al mas insignificante de sus deseos.

—Mira,—decía Rosa;—tu pensarás lo que quieras pero el cuerpo de la Venus de Milo no me gusta. Esas caderas son absurdas, ese talle es horrible. La verdad es que un seno sin *corsé* es espantoso. . . . ¿Y esas vírgenes sobre fondo dorado, con unas manos imposibles y una cara que no puede haber existido jamás? No comprendo como contemplas esos Rubens—que tú sostienes son admirables... No he visto na-

da mas horroroso que esos montones de gordinflonas que parece van á reventar dentro de la piel....

Todos sus juicios eran por el mismo estilo. En cambio, penetraba en los almacenes del *Printemps* ó del *Louvre*, y una admiracion estática la hacía recorrer ávidamente, abrigos, cortes de vestidos, terciopelo, sedas, plumas, sombreros, abanicos, todos los mil accesorios del complicado trage femenino. Encontraba *cursis* á las francesas. Decía á boca llena que en Paris no se podia comer, que todos aquellos guisos eran menjunjes artificiales arreglados por envenenadores de oficio. La corsetera y la modista, eran sus dioses, sus evangelios. Sus manos temblaban al recorrer un monton de figurines, admirando la falda de uno, los pliegues de otro,—la manga de aquel, el talle de este. Guantes, capotas, encajes, corsés, todo era poco para su inestinguible sed de trapos y adornos. Al fin salía, despues de cuatro horas de revolverlo todo, y haber elejido, dejado, y vuelto á elegir medio establecimiento y al

regresar al Hotel, sofocada y alegre, llegaban las cajas, salían á relucir los vestidos, se amontonaban los sombreros sobre la cama, las mesas y las sillas. Entonces, se probaba una prenda tras otra, se contemplaba en todos los espejos, se arreglaba el flequillo con cuatro movimientos graciosos y ligeros, y se presentaba á Márcos bajo mil aspectos diversos, repitiendo, poco más ó ménos, las mismas frases:

—¿Cómo me sienta este traje? ¿Te gusta esta capota? Mira, que abanico tan mono... Pero, hijito mio, estoy asombrada por lo barato. ¿Ves? Este sombrero me cuesta solamente veinticinco duros....

En el *Palais Royal* sus emociones eran de otro género. La luz de los escaparates cubiertos de oro y pedrería la ofuscaban, la emborrachaban como los vapores de un viejo vino generoso. Su ambicion era enorme. Sus predilecciones fluctuaban de un cintillo de perlas á una gargantilla de brillantes, de los pendientes á las pulseras, de los anillos á los alfileres. Cada dia era una nueva pasion, un nuevo deseo.

Pugnaba por arrancarse á la contemplacion de aquellas riquezas, caminaba unos pasos luchando contra sí misma, y sin darse cuenta de sus acciones, tornaba de nuevo al cuadro fascinador. Por fin, era necesario entrar y satisfacer caprichos que apenas adormecidos, renacían de nuevo con mayor vigor. Márcos pagaba, pagaba cuanto le era posible. Pero como nada bastaba á la voracidad de Rosa, se veía obligado á firmar letras á noventa días. Una vez el desgraciado midió el abismo á que lo arrastraba su funesta pasion, y se atrevió á hacer algunas limitaciones á aquel torrente de gastos. Rosa le contestó ágriamente, y él no tuvo fuerza para resistir. Una inquietud constante y una tristeza sombría sucedió entonces al vértigo anterior. Rosa lo contemplaba al principio con asombro. Pronto descubrió la inminente ruina de su amante y el pasajero cariño que éste le había inspirado sufrió un rudo sacudimiento. Su indiferencia por él, se hizo cada día mayor, y aunque siempre sabía trasportarlo con sus

caricias al paroxismo de la embriaguez carnal, su instinto de mujer sin amor, la impulsaba á alejarse de aquella ruina humana, como las aves que anidan en un torreon vetusto, abandonan sus sillares derruidos al presentir la tormenta.

XIV

Se aproximaba la época del vencimiento del pagaré firmado por Márcos á D. Cándido Theneau cuando el honrado y caritativo capitalista, creyó oportuno escribirle algunas líneas con el objeto de recordarle este pequeño compromiso. Al mismo tiempo, insistía en varios párrafos lacrimosos y sin ortografía—sobre su pobreza reconocida, y la necesidad imperiosa en que se encontraba de molestarle, rogándole tomara todas sus precauciones para hacer honor á su firma, en vista de que él, como se lo había manifestado tres meses

antes, sería inexorable, Aquel pliego de papel ordinario y grasiento, escrito en un estilo de cocina, fué para Márcos un golpe de maza que lo arrancó de pronto á su laxitud moral. Habían pasado las alucinaciones fugitivas y quedaba en su alma un monton de frías cenizas, resíduo del fuego de sus pasiones devorantes. Un solo amor, una sola idea subsistía en ese derrumbamiento general. Miéntras todo parecía disolverse en sus manos y hundirse á sus plantas, él se aferraba con mas indomable desesperacion al amor de Rosa y daba por bien venidas todas las penas, si podía atravesarlas protejido por esa égida salvadora. Como todo hombre verdaderamente enamorado, era ciego y estaba lejos de sondear las tortuosidades de la conciencia de la bella hija del placer.

Lo primero era regresar á Madrid. Una vez allí buscaría el medio de afrontar el peligro que le amenazaba. No le faltó un pretexto para este viaje, y aunque Rosa se separó con dolor de aquel océano de modas, no puso inconveniente para

decidirse, pensando que, despues de todo, iba á su centro natural y que en cualquier evento, podía recurrir allí á sus viejas amistades para buscar el reemplazante de Márcos. Al llegar á Madrid, Rosa se dirijió á su linda casita que estaba al cuidado de una doncella, y Márcos despues de dejarla instalada siguió hasta su apartamento prometiéndole regresar á buscarla para comer juntos en *Fornos*.

El viejo criado le esperaba con todo arreglado y pronto para recibirle. Sobre un veladorcito había algunas tarjetas y en la mesa del despacho un corto número de cartas. Márcos recorrió las primeras con indiferencia. Entre las segundas abrió primero tres en cuyo sobre advirtió la letra de Adela. Todas estaban escritas en el mismo tono. Le suplicaba en ellas que no prolongase su ausencia, le decía que mil presentimientos dolorosos torturaban su imaginacion; narraba su vida monótona en Biarritz, y por último, le pedía que le escribiera todo lo que le pasaba. Márcos estrujó aquellos papeles con impa-

ciencia. La verdad es que, absorbido en su pasion por Rosa, no había pensado un instante en la pobre abandonada. Se disponía á romperlos cuando advirtió entre las tarjetas, una en que había algunas palabras escritas con lápiz: «Estamos de vuelta. Ven á vernos. Te estrecho la mano.—*Jorge Zea.*

—Cuándo ha venido este caballero?—preguntó Márcos al criado.

—Ayer, señorito.

—¿Y qué le has dicho?

—Lo que el señorito me recomendó. Que el señorito estaba ausente y que lo esperaba hoy.

—Está bien. Puedes retirarte.

Una vez solo, Márcos volvió á leer la carta del usurero, y de nuevo acudió á su mente el recuerdo de las palabras de Zea al despedirse en Biarritz. Pero inmediatamente las rechazó con horror. Todo, antes que sufrir la humillacion de solicitar una especie de limosna del amigo á quien había traicionado. Además, no podía pensar en Zea sin sentirse poseido de un odio violen-

to, de unos celos repugnantes y bajos que ofuscaban su razon. Veía en él el primer amante de Rosa, el hombre que la había iniciado en el placer, tal vez el único á quien ella había amado verdaderamente. Esta última idea, sobre todo, le era insoportable. No! era necesario alejarse de Adela y evitar á Jorge. Su presencia se le hacía imposible en el grado de exaltacion á que había llegado su amor por Rosa.

Despues de vestirse se dirijió al Club. Encontró allí el eterno círculo de desocupados que bostezaban con algun diario en la mano, se desbalijaban en las mesas de juego y lanzaban á la circulacion todos los chismes del día, condimentados y espolvoreados al gusto del paladar senil de la alta sociedad. Márcos los conocía á todos de vista, pero no tenía verdadera intimidad con ninguno de aquellos representantes de la *high life* masculina. Al penetrar en el salon de lectura, todos lo contemplaron con interés y curiosidad. Aquel centro es como una especie de es-

pejo cóncavo, á donde van á parar todos los ecos de la vida social. No hay adulterio oculto que allí no se desenmascare; no hay ruina inminente que allí no se prevea y se anuncie; no hay casamiento en ciernes que allí no se discuta. Las mas pequeñas acciones son desnudadas por las manos enguantadas de todos aquellos frívolos pisaverdes y sometidas al análisis de su crítica malsana, como el cadáver es entregado en el anfiteatro á los bisturís de los estudiantes, despues de la leccion teórica del profesor. Así, todos sabían de memoria la situacion de Márcos, todos conocían su union con Rosa, todos esperaban verlo en el abismo el día ménos pensado, y su regreso sirvió de pretesto para que esa noche despedazaran su honor cincuenta lenguas afiladas y venenosas, con el encarnizamiento y la crueldad con que la hambrienta jauria se disputa los despojos de la res que hiere el cazador.

Jorge Zea estaba entre ellos. Escuchó sus palabras con profunda tristeza y no tuvo fuerza ni energía para protestar. Ha-

bía cobrado á Márcos un afecto casi fraternal; lo veía arrastrado á la ruina y á la deshonra en brazos de una mujer indiferente, y presentía un drama de horrible desenlace. Se esplicaba su alejamiento, su partida de Biarritz, su silencio, y la clase de sentimientos que debían reinar en su corazon respecto á él, primer amante de una querida á quien adoraba. Era necesario salvarlo; pero cómo?—Pensó en escribirle; pensó en verlo, en garantizar el pago de las letras de Márcos con su firma. ¿Y si el orgullo de éste se sublevaba ante esta prueba de cariño?... Cuando Márcos no lo había buscado desde el primer momento, alguna razon oculta tendría para ello. En fin, despues de mucho cavilar, se retiró á su *hotel*, dejando para el día siguiente la resolucion del problema.

Adela leía sentada en una elegante butaca, vestida con un cuidado tan meticuloso, que harto indicaba la esperanza de la visita de su amante. Cuando, en vez de éste vió entrar á su marido con el rostro

sério y pensativo, no pudo evitar un gesto de despecho.

—¿Estás disgustado?—le preguntó despues de algunos minutos de silencio. Te noto triste!...

—Y tengo motivo para estarlo! Imajínate que he sabido unas cosas de ese pobre Márcos...

—Márcos! esclamó Adela. Y, reponiéndose en seguida: ¿Es eso lo que te preocupa? terminó.

—Sí; será una debilidad, pero ¡qué quieres! yo he llegado á amarlo como á un hermano.

—¿Y que le pasa de grave, que te aflije tanto?

—¡Pues es nada! Un asunto feo y que puede tener un resultado fatal.... Desde hace tiempo yo he creído notar que Márcos andaba mal de dinero, pero francamente, no pensé que la cosa llegara á tanto... Parece que dentro de tres ó cuatro días debe pagar una fuerte suma, y no la tiene... Ha estado metido entre usureros, se vé empeñado hasta la raíz del ca-

bello, ha firmado obligaciones á diestro y siniestro... ¡qué sé yo! Locuras y muchachadas incomprensibles... El caso es que en el Club no se habla de otra cosa... Ya ves tú: la ruina es un asunto sério. ¿Qué va á ser de este desgraciado, el dia en que se encuentre solo, sin fortuna, obligado á ganar el pan con su trabajo?... Me aterra el pensarlo...

Una angustia horrible estrujaba el corazon de Adela. Luchaba por permanecer indiferente, y sentía su garganta oprimida, sus ojos hinchados por una oleada de lágrimas. Se repuso, sin embargo, con esa admirable resistencia que solo poseen las mujeres, para escuchar á su marido:

—Pero tambien ¿cómo no ha ocurrido á mí, que sabe soy su amigo, que mil veces se lo he dicho y hasta le he ofrecido mi apoyo?— continuaba Zea paseándose por la pequeña salita con las manos metidas en los bolsillos.—Nada, nada; es necesario salvarlo. Ya se me ocurrirá algun medio..... Si estas cuestiones de dinero no fueran tan delicadas... Pero me detiene

el temor de ofenderlo.... En fin, quién sabe! Puede que mañana, cuando haya visto cerradas todas las puertas, llame á la mia. ¡Pobre Márcos! Tu no puedes imaginar el martirio que estará sufriendo en estos momentos. Encontrará en todas partes rostros indiferentes; evitarán su contacto los que ayer le juraban fidelidad... Y lo peor es que él lo sabe porque es inteligente y conoce la vida. Con el último napoleon huye el último amigo....

Aquello era demasiado para Adela. Ah! mientras ella nadaba en la abundancia y la felicidad, el elejido de su corazon pasaba humillaciones y miserias, luchaba con todas las asechanzas de la usura, arrojaba su nombre como pasto á la voracidad de la murmuracion; sufría desengaños y amarguras, y tal vez—se horrorizaba al pensarlo—iba á buscar en la muerte la calma que le negaba la vida! ¡Cómo comprendía y disculpaba su ausencia, su silencio, su aparente desvío! ¡Cómo se enorgullecía de la delicadeza de Márcos al no haberse dirijido á Zea atribuyéndola á la

doble falta de que eran cómplices... Así, su viaje apresurado, la frialdad de sus últimas entrevistas, todo encontraba esplicacion. La imágen de Márcos llenaba de fulgores el corazon de la desgraciada amante. No se había engañado al introducirlo en el santuario de su vida, al someterse á su dulce esclavitud. Y encima de este tropel de pensamientos, que se atropellaban en su cerebro febriciente, destacándose del seno de este murmullo interior, semejante al rumor del huracan en una selva, se levantaba una decision violenta y apasionada, una resolucion generosa y valiente; salvar á Márcos, ser ella el artífice modesto y oculto de su felicidad. Esta idea la dió ánimo para finjir delante de su marido. Encontró cuatro palabras banales para compadecer á Márcos. Se mostró mas cariñosa que nunca con Jorge, y nadie hubiera sospechado, debajo de su sonrisa forzada, los proyectos que fermentaban en su seno.

XV

La alcoba nupcial estaba sumida en la sombra. El tic tac de un reloj, el largo silbido del viento nocturno que jemía en el esterior, eran los únicos ruidos que turbaban su calma apacible. De pronto, una masa confusa se movió en el lecho cubierto de anchas y ricas colgaduras. Era una figura humana blanca y esbelta. Escuchó un momento con ansiedad, y durante ese instante fugaz, solo se oyó el monótono movimiento del péndulo y el rítmico sonido de una respiracion tranquila. Las alfombras mullidas amortiguaban el roce

de sus pasos lijeros. Se deslizó como un soplo y salió de la habitacion. Una vez allí, se detuvo conteniendo el aliento, y escuchó un instante. El reposo la tranquilizó, y, trémula, deteniéndose á cada paso, con los brazos estendidos, evitando el choque con algun mueble, atravesó la salita y se detuvo de nuevo como agotada por un esfuerzo supremo. Allí encendió una de las bujías de un soberbio candelabro dorado é instintivamente se contempló en un espejo. Estaba mortalmente pálida; su transparente *toilette* nocturna dejaba descubiertas las admirables bellezas de su cuerpo. Sus ojos hundidos y sombríos tenían esa fijeza que dá las grandes resoluciones. Sus cabellos elegantemente recogidos brillaban reflejando las intermitencias de la llama débil que la alumbraba.

Despues de ese reposo instantáneo continuó su marcha. Atravesaba los salones oscuros con estremecimientos de terror. Su mano izquierda apretaba convulsivamente algunas llaves pequeñas y brillantes.

Los muebles tomaban actitudes amenazantes mientras ella pasaba junto á ellos alumbrándolos con un débil rayo de aquella luz enfermiza. Al llegar frente á los espejos, bajaba la cabeza; tenía miedo de contemplar en ellos la espresion de su fisonomia. La mirada severa de algunos retratos de familia, que parecían contemplarla con estupor, helaba la sangre en sus venas. De cuando en cuando, se detenía para tomar aliento y con su mano izquierda contenía los latidos de su corazon. El corto número de minutos que empleó en llegar hasta el despacho de Zea, fué un siglo de temores y angustias para la desgraciada pecadora.

En uno de los estremos del despacho había un elegante y sólido *secretaire.* La vasta habitacion estaba llena de muebles antiguos, armas, libros, y todo ese confuso *bibelotage* tan de moda en nuestros días. Adela dejó la luz sobre una mesa, y la apoyó en un libro para evitar que cayera. Miró en torno suyo y escuchó nuevamente con ansiedad. Por una de las ventanas

que daba á un patio cubierto de plantas, se oía el rumor del viento sacudiendo las hojas. Descorrió un poco las cortinas y miró hacia el esterior. Sus ojos deslumbrados por el resplandor de la luz, tardaron un instante en acostumbrarse á la oscuridad. El firmamento estaba cubierto de nubes negras y pesadas. Ninguna estrella tachonaba aquel fúnebre manto. El viento sacudía con violencia las ramas y les arrancaba acentos balbucientes y estremecimientos dolorosos. Despues de cada ráfaga, se oía un débil susurro y algo como el eco lejano de un suspiro.

Una fiebre violenta dominaba á Adela. Impaciente y trémula, se dirijió al escritorio que ocupaba el centro de la habitacion y empezó á abrir sus cajones, buscando algo que la desesperaba no encontrar. Probaba una llave tras otra, las hacía girar en todos sentidos; al fin encontraba la correspondiente, y sus manos pequeñas y fatigadas, revolvían papeles, abrían sobres, escudriñaban los mas ocultos rincones de cada cajon. Despues, con rapidez verti-

ginosa, volvía á poner todo en el mismo estado. Un sudor helado corría por su frente. Su desaliento se traducía en gestos de desesperacion y en suspiros ahogados. Y seguía, seguía impaciente y ardorosa probando llaves, registrando cajones, buscando algo con inútil afan.

—No están aquí!—se decía á sí misma, con voz que parecía el último soplo de un moribundo. Veamos el *Secretaire.*

De nuevo rechinaron las llaves en la cerradura, de nuevo sus dedos delicados se fatigaron en esfuerzos espasmódicos. Lo abrió, por fin, y sus manos ávidas comenzaban á revolverlo todo, cuando una ráfaga de viento se estrelló en la ventana y, haciendo temblar sus cristales, fingió á su oído escitado un paso humano. Sus rodillas se entrechocaron; quedó ríjida, sin movimiento y sin respiracion. Un terror frío, amargo, horrible pasó como una corriente de hielo por sus miembros entumecidos. Un temblor contínuo sacudía sus dientes y sus manos. Durante un instante, la vida se suspendió en su organismo

delicado. En un relámpago le pareció ver á Zea, ofendido y vengador, creyó sentir en sus carnes algo como el filo del puñal agudo, zumbó en sus oídos una voz amenazante que le arrojaba al rostro un epíteto vergonzoso. Su accion la horrorizó, se le presentó de golpe en toda su repugnante crudeza. Ah! era ella, la esposa respetada por el mundo y adorada por su marido, era ella esa misma criminal, aterrada y medio desnuda, que le había sustraído las llaves, y se preparaba á despojar al hombre á quien había deshonrado, á robarlo para salvar á su amante!...

Su amante!... éste solo nombre le devolvía todo su vigor perdido. Lo veía pálido, con sus ojos vidriosos y fijos, en medio de una mancha de sangre cálida. La mancha se estendía, se dilataba sin cesar; era un rio, un mar rojo y humeante; todo se confundía, todo se nublaba á su vista, y, en medio de aquel desvanecimiento fugitivo, un solo cuadro se destacaba con intensidad aterradora: Márcos con los ojos vidriosos y fijos, en medio de

aquel mar de sangre cálida!... Era necesario salvarlo, salvarlo á toda costa! Entonces levantó su frente con una decision inquebrantable. Se alzó como la leona acorralada y clavó su vista en la puerta como para desafiar las iras del vengador.. Todo estaba tranquilo. El viento sacudía los árboles, arrancándoles acentos balbucientes y estremecimientos dolorosos. Despues de cada nueva ráfaga, se oía un débil susurro y algo como el eco lejano de un suspiro.

Al fin, dejó escapar una esclamacion de sorpresa y de placer, y, como un avaro que saca y cuenta su tesoro, sus ojos brillaban al hojear un legajo de papeles. Con ellos su amante podía exijir un plazo, conseguir dinero, conjurar la catástrofe próxima y despues, con tiempo y tranquilidad, ella encontraría medio de salvarlo definitivamente. Pero, ¿y su marido?... Bah! Zea no abría casi nunca ese cajon; lo conocía por la clase de papeles que había encerrados en él. Y, en último resultado, ella estraviaría la llave, ganaría

tiempo, lo distraería de su objeto, no se dejaría vencer luchando por su amor. Y luego, si la sustraccion se descubriese, la falta recaería en los servidores de la casa. ¿Quién sería capaz de sospechar de Adela?... Asi su cerebro turbado, buscaba atenuaciones, defensas inútiles. La satisfaccion de su deseo, velaba para ella todas sus consecuencias ulteriores, toda la lijereza y el peligro de su accion. Estrechó los títulos sobre su corazon, los escondió en un sitio seguro, y, deslizándose como una sombra sobre los tapices mullidos, volvió á la alcoba nupcial donde Jorge dormía confiadamente. Sus nervios contraídos por tantos esfuerzos, se aflojaron como un resorte roto; una ola de lágrimas se agolpó á sus ojos, y hundiendo su cabeza en el almohadon de plumas que la sostenía, ahogando sus sollozos amargos en la fina batista de las sábanas, la aurora la sorprendió, pálida y temblorosa, despues de una noche de insomnio y de terror!

XVI

El sacrificio no había terminado. Era necesario finjir, esperar con impaciencia algunas horas mortales. Zea la contempló con estrañeza.

—¿Qué tienes?—preguntó.

—Nada. No he dormido bien. He tenido una horrible pesadilla, y hoy me siento con algun dolor de cabeza.

—En efecto. Me ha parecido oirte esta noche respirar con angustia.

—Bah! esto no vale la pena de preocuparse. Dentro de un instante espero que se me pasará.

Y sus labios sonreían en tanto que su alma estaba despedazada. Despues del almuerzo, se quedó sola. Y, como si una máscara hubiera caído de su rostro, su espresion cambió repentinamente. Aparecieron entonces sus ojos hundidos, sus mejillas pálidas y terrosas, la contraccion de sus lábios, la nube que empañaba su frente, las huellas hondamente grabadas de la pasion que la devoraba. Desgreñada y loca, corrió á su tocador, buscó los títulos robados y de prisa, maquinalmente, sin saber casi lo que hacía, los metió dentro de un sobre, despues de escribir algunas palabras á su amante: «Sálvate. Lo «sé todo. Yo te ayudaré. Es necesario «que consigas un plazo. Soy tuya siem«pre. *Adela.*»

Llamó á su doncella.

—Haz llevar esto inmediatamente á su direccion. Es urgente.

Una cruel ansiedad oprimía su corazon. Los minutos le parecían siglos. Cuando la doncella entró, un cuarto de hora despues, tuvo que hacer un esfuerzo supremo para dominarse.

—¿Lo han encontrado? la preguntó.

—No, señora. Pero su criado ha conservado la carta para llevarla al señor donde se encuentre.

—Está bien. Puedes dejarme.

Todo se conjuraba contra ella. Era necesario, absolutamente necesario hablar con Márcos, animarlo, sostenerlo, decirle que á su lado había un corazon que sufría con sus penas y estaba dispuesto al sacrificio por él. De nuevo cojió la pluma y la dejó correr nerviosamente por el papel: «Ven—le decía—ven á verme pronto, « esta tarde misma. Tén valor y calma. « Todo se arreglará á medida de nuestros « deseos. ¡Cuánto sufro en este momento! « ¡Cómo te comprendo y te amo! Yo te « daré fuerzas para luchar; juntos vence- « remos. Pero es necesario que hable « contigo... ¡Por piedad! Si vieras cuán- « tos dolores me abruman!...»

Y, en tanto que este segundo billete era enviado con encargo de ser entregado en manos de Márcos, un fúnebre augurio turbaba el corazon de Adela, y las imágenes

sombrías de su desmayo de la noche anterior, revoloteaban sobre su frente como siniestros fantasmas engendrados en el delirio de la fiebre.

—¿Dónde estará Márcos? se preguntaba con empeño.

Ah! él tambien corría de amargura en amargura y de decepcion en decepcion. Había visto á don Cándido para pedirle un plazo, y su frente cubierta de sudor helado se inclinó en vano delante del sórdido prestamista. A cada una de sus frases tristes como un sollozo, éste contestaba con una eterna elegía aprendida de memoria, en que se destacaba siempre, clara y vibrante, una negativa absoluta. Un pariente lejano que habitaba en Sevilla le había contestado que le era imposible ayudarle en aquel trance, y terminaba su carta con consejos copiados de la *Moral* de Urcullú. Su amigo Montejo esquivó hábilmente un socorro con el pretesto de haber hipotecado en esos días una parte de sus bienes para responder á algunas deudas de honor. Así, rotas una por una

sus esperanzas, miró en torno suyo y vió un vasto desierto. Por la tercera vez pensó en Zea pero inmediatamente se sublevó contra este recurso... ¿Y Adela?... Jamás! Todo era preferible á esa abyeccion... Desesperado y taciturno, se encaminó á su casa y de alli á la de Rosa. ¡Qué contraste formó entonces su amargura, la tempestad que se incubaba en su mente, la idea de la muerte que se erguía en su conciencia turbada, con las locas carcajadas de aquella mujer, sus movimientos vivos y lijeros, los estallidos de su naturaleza vehemente, los mil adornos brillantes y lujosos de su traje de casa! ¡Cuánta miseria de un lado y cuánta indiferencia del otro!...

Despues de algunos minutos de conversacion banal, con el alma partida y una sonrisa helada en los labios, tomó su sombrero y se despidió. Pocos minutos mas tarde, fué á buscarlo su criado con la primera carta de Adela.

—¿Qué es lo que traes?—le preguntó Rosa.

—Una carta urgente que me han dado de casa del señor Zea. Creí que el señor estaria aquí.

—De Zea!—esclamó Rosa. Y reponiéndose inmediatamente:—Dámela! concluyó.

La cifra y la letra del sobre delataban una mujer. Rosa dijo al criado con aparente indiferencia.

—Puedes dejarla. El señor no tardará en venir.

Jamás el nombre de Zea se había cruzado entre Márcos y Rosa. Al apretar el papel entre sus dedos, se hubiera dicho que la vision del pasado nublaba la mirada de esta y hacía pasar por su rostro el contragolpe de violentas emociones. Su niñez se presentó á su vista como un paisaje luminoso y alegre cuando el sol disipa la niebla de la mañana. Recordó las horas de la primera embriaguez amorosa, la confianza que depositaba en su seductor, tal vez los dolores de la iniciacion,—y todo aquel turbion de muertas sensaciones crispaba sus nervios tendidos. Aquella carta

quemaba sus dedos. Era necesario salir de la duda, era necesario saber por qué se cruzaba en su camino el nombre del único ser á quien había amado con toda la inocencia y la pureza de la virjinidad, y rápida, resuelta, rompió el sobre y leyó las líneas de Adela. Al principio, no comprendió. Pero, una vez que hubo penetrado en el sentido de aquellas palabras incoherentes, una alegria salvaje iluminó su rostro de antigua romana.

—Ah! ¡la venganza!—gritó con furor.

Y saboreando el ácre placer de la víctima que se convierte en verdugo, reunió apresuradamente los titulos de renta y la carta de Adela, y se los remitió á Zea con estas palabras escritas con igual precipitacion que las de su esposa;

« Jorge: hace muchos años, despues de
« deshonrarme, me abandonaste. No fui,
« madre por tí; á tí te debo mi desgracia.
« Ah! yo era indigna de llevar tu nombre,
« no es cierto? ¡Si no te despreciara tanto
« cómo me harías reir ahora!... No soy
« vengativa y quiero probártelo hoy. Ya

« lo has visto; todas somos iguales...
« Ciertamente, no me creo un modelo de
« virtud; pero ¿qué piensas de la mujer
« casada, respetada por el mundo, que tie-
« ne un amante y roba á su marido para
« salvarlo?—Te mando esa carta y esos tí-
« tulos! Para mi, eran una fortuna. Es
« tuya, y no quiero recibirla. Un dia te
« devolví tu palabra; hoy te devuelvo tu
« honor. Decididamente, no me cambio
« por tu Adela...»

XVII

Al llegar Márcos á su casa, encontró la segunda carta de Adela. Estaba en uno de esos momentos de desaliento mortal en que el alma pugna por aferrarse á cualquier afecto, como el náufrago á la débil tabla que lo sostiene sobre el abismo. Marchaba como un autómata; su mirada se fijaba en los objetos con esa fría vaguedad de los soñadores. Doblegado como un anciano por el peso del pensamiento que lo dominaba, herido en las fibras mas sensibles por la frivolidad y la indiferencia de su querida,—una

fuerza irresistible encaminó sus pasos á casa de Zea.

Era uno de esos dias nublados y ventosos del otoño. El cielo tenía ese color plomizo, pálido y oscuro, que dispone á la melancolía. Las hojas amarillentas comenzaban á desprenderse de los árboles demacrados, como huyen las ilusiones en el invierno del corazon.

Hacía una hora que Adela lo esperaba en su tocador. Ninguna coquetería había presidido á su traje. Llevaba una bata oscura, elegante y severa, que hacía resaltar mas la palidez y abatimiento de sus facciones. ¡Cuán distinta aquella visita de las locuras y delirios de las primeras entrevistas! ¡Cómo se conocía que entre ambos se levantaban la complicidad y el peligro!...

—Márcos—le dijo Adela, despues de saludarlo casi con solemnidad—los minutos valen siglos para nosotros. Deseaba verte, me he atrevido á llamarte para que conjuremos reunidos la catástrofe que te amenaza... Ah! ¿por qué no has pensado antes en mi?...

Y un torrente de lágrimas corrió por sus mejillas desencajadas.

—Perdóname—balbuceó Márcos.

—Si!—le interrumpió Adela, enjugándose los ojos,—comprendo todo, no te hago reproches de ninguna especie... Mira, los titulos que te he enviado pueden hacerte conceder un plazo, ganar tiempo, en fin... Todo es fácil despues... Jorge no sospecha nada...

—¿Qué titulos? ¿qué es lo que dices?—preguntó Márcos con asombro.

—¿Qué titulos? ¡Estos!...

Al pronunciar estas palabras, una mano airada abrió de golpe una de las puertas de la habitacion, Adela dejó escapar un grito de terror y angustia y los amantes aterrados vieron á Zea, pálido como un cadáver, con los ojos fijos y llameantes como los de un alucinado, estrujando en su mano derecha un rollo de papeles.

—Ah!—continuó—¡Digna pareja, tal para cual!.. ¡El amigo traidor y la mujer adúltera!... ¡Miserables!.. No! mi cabeza

se confunde... No es posible, Dios mio, no es posible... Un compañero, un amigo, casi un hermano... Y ella... Honra, felicidad, ¡todo perdido para mi!...

Reponiéndose con un esfuerzo supremo, miró en torno suyo como temiendo que lo escucharan, se llevó un dedo á los lábios y continuó:

—Levántate, prostituida!... No te bastaba el puñal y has necesitado la ganzúa.. Rodeada de amor y de respeto—has pisoteado mi corazon, has mancillado mi honra, has degradado tu raza en brazos de un miserable...

Márcos lo escuchaba de pié con una mirada en que centelleaba la audacia. Una ferocidad salvaje desfiguraba su rostro varonil. La amargura exacerbada había acabado por estallar:

—Pues bien, si! Ahí la tienes—le dijo—Pero tú, ¿qué hiciste con la mía?. Ah! yo tambien amo, y. amo á una mujer deshonrada por ti... Adela por Rosa... ojo por ojo...

Al escuchar estas palabras horribles,

Adela cayó desplomada sin sentido, exhalando un lamento en que parecía habérsele escapado la vida. Un temblor convulsivo ajitaba los miembros de Zea. Su mirada se fijaba con estravío alternativamente en el cuerpo de su esposa y en el rostro de su amante.

—Sal, traidor!—prorumpió al fin, señalando la puerta.

—Está bien, contestó éste.—Pero no olvides que si he vuelto á pisar estos umbrales, es porque he sido llamado. En cuanto á esos papeles, ya ves que ésta es la primera ocasion en que oigo hablar de ellos... Veo de donde viene este golpe... Despues de todo, estoy contento... ¡Rosa se ha vengado!

XVIII

Tres horas despues, Márcos recibió la visita de dos amigos de Zea que, por encargo de éste, iban á exijirle una reparacion por las armas. Márcos escribió algunas lineas á Montejo y á un antiguo condiscipulo esplicándoles que el asunto de que se trataba no tenía arreglo posible, pero callando los motivos del lance. Como los testigos de Zea traían idénticas instrucciones, á trueque de algunas breves palabras, el duelo quedó acordado para el dia siguiente al amanecer. Las condiciones eran: á pistola, quince pasos de

distancia, pudiendo adelantar cinco cada adversario y apuntando, hasta que uno de ellos quedara inutilizado.

Si la víspera de un duelo es siempre solemne, en las circunstancias de Márcos lo era mucho más. Desde luego, rechazó la idea de ver á su querida. Necesitaba estar solo, meditar sin testigos, balancear el pasado y el presente con tranquilidad. ¡Qué espectáculo presentaba su existencia perdida para el bien y para la virtud! Pródigo de sentimientos y de pasiones, había sembrado su camino con las flores mas fragantes de su juventud, y se encontraba marchito y seco como el tronco que hiere el rayo. Su vida había sido un desvarío constante, interrumpido por dolorosos misereres. Errante y desencantado, el mundo no había logrado depurar su corazon. Sin lazos que lo ligaran á la tierra, se encontraba entre dos abismos,—su falta y su amor,—y veía desplomarse sobre él, como una montaña de granito, la insolvencia y la ruina. Tal vez es mejor,—se dijo,—terminar hoy esta liquidacion general.

Pero su temperamento jóven y fuerte se rebelaba ante la perspectiva de la muerte voluntaria!... Nó! Era necesario luchar, luchar hasta el último instante. Una esperanza absurda lo sostenía. ¡Quién sabe! Quizás la suerte iba á serle favorable, quizás Rosa... Rosa, siempre este nombre interrumpiendo su camino. Una tentacion irresistible lo impulsaba á correr hasta su casa, á pedirle perdon sin haberla ofendido, á suplicarle de rodillas que huyera con él á algun rincon del mundo, léjos de la sociedad y del tumulto humano, para vivir felices y siempre amantes! Despues, el desaliento volvía á apoderarse de su alma. El horizonte se cerraba en torno suyo como la lápida de una tumba sombría!

Y entonces, en una sucesion interminable pasaban á sus ojos los cuadros de su vida, los recuerdos del pasado y las ansias supremas del porvenir. ¿Qué había sido su existencia miserable, sino un martirio constante, una tortura sin trégua ni reposo?—¿Qué ejemplos de virtud ha-

bía visto en su carrera atormentada? Para él todo el órden social reposaba sobre una convencion funesta, sobre la cobardía de muchos y el despotismo de unos pocos. Se le había hablado de libertad, se habían puesto en sus manos los libros engañosos de los poetas, se le había hecho pensar en la resolucion del problema eterno intentada por los filósofos de todas las escuelas; y aquellas utopias de soñadores ciegos, la estúpida obstinacion del que le señalaba un templo y una cruz, como la vanidad satisfecha del que le arrancaba la fé,—habían fermentado en su conciencia y agriado su corazon. Se encontraba enlazado por mil hilos delicados pero inquebrantables, que lo sujetaban á la decadencia moral y las bajezas de nuestra naturaleza. Llevaba sobre sus hombros el peso de la herencia de varias generaciones envilecidas; y en su sangre se reunian fatalmante los detritus y la escoria de esta pobre y lastimosa especie rebajada por siglos y siglos de vícios y de crímenes, trasmitidos de padres á hijos, como los malos humores de un organismo morboso.

Recordaba sus lecturas infantiles, aquellos mágicos cuentos orientales que llenaban su imaginacion de tesoros, aquellas iniciaciones de su alma á la vida de la pasion y al culto de la belleza. Sus primeros frotamientos con la realidad, le habían causado heridas que sangraban aún. ¡Qué terrible contraste entre las dulces heroínas de los dramas románticos, fieles á la religion del corazon, y esos séres que había encontrado en su senda, sin altura moral, instintivos, embrionarios, esclavos de sus nérvios y de su sangre, en quienes cada diferencia orgánica responde á un vicio ó una virtud. ¡Qué distancia del amor con que había soñado en la pureza de su adolescencia, á las torpes intrigas mundanas, al fruto del adulterio devorado en la sombra, al lecho de la mujer casada aún tibio y hundido por el cuerpo del marido, al reparto de sus caricias y la division infame de sus bellezas entre el comprador legal y el asaltador nocturno!

Había visto todas las variedades del descenso moral bajo la careta de ros-

tros infantiles. Unas, en medio de una especie de embrutecimiento resignado, se doblegaban á un hombre que les era indiferente y se convertían en máquina automática de proporcionar placeres. Otras, vendían los tesoros de su cuerpo virginal, esas formas redondeadas y carnosas, esa piel satinada y tersa, esos senos duros y enhiestos,—por los treinta dineros de algun anciano decrépito y agotado. Aquellas, por último, y estas eran quizás las mas nobles y las mejores, se cotizaban en el mercado humano por un precio mas ó menos grande, se revolcaban alegremente en el fango comun de donde habían salido y se desplegaban en todo el esplendor de su hermosura, como esas plantas de flores perfumadas que crecen en un terreno abonado con estiercol....

Y ahora, ¿qué le prometía el porvenir? Se veía solo, aislado; examinaba su corazon y encontraba que todos sus sentimientos, todas sus esperanzas habían muerto para siempre. La copa de la vida estaba vacía entre sus manos: era necesa-

rio romperla como un instrumento banal. Había penetrado demasiado pronto en los subsuelos malsanos en que se ajitan y hierven las larvas de todas las malas pasiones. La Isis, descubierta violentamente por él, le había mostrado su cadera de esfinge y su alma de bacante sanguinaria.

Sabía ya el precio de todas esas miserables y mentidas palabras circulantes, como monedas falsas, en las transacciones humanas: virtud, honor, lealtad... La ley debía cumplirse sin piedad: talion inexorable, martirio cruento, ley social que lo condenaba á sufrimiento eterno, por haber dejado desde niño su cadena de galeote, por haber sacudido el yugo, apartándose del surco labrado por sus hermanos, y rompiendo las redes de una moral de preceptos estrechos para su vigoroso temperamento de hombre!

Así la meditacion lo devoraba; así, se ensañaba en él una de esas penas de que habla el filósofo, dolores tenaces que se apoderan de nosotros al principio del viaje, que nos acompañan en la marcha fati-

gosa, se sientan, se levantan, se acuestan con nosotros, y acaban por enterrarnos.

Poco antes de amanecer el cansancio lo rindió. Dormía reclinado en aquel mismo divan que sostuvo el cuerpo de Adela, cuando sus amigos entraron á despertarlo. En un abrir y cerrar de ojos, se encontró dispuesto. Su rostro cansado, guardaba visibles huellas del insomnio, pero las hacía desaparecer con su animacion. Se hubiera dicho que marchaba á alguna fiesta. Quizas presentía su destino, y, como un amante venturoso, se preparaba á celebrar dignamente sus nupcias con la muerte.

La mañana era fría. La escarcha se quebraba bajo el paso de aquel grupo silencioso y grave. Pronto se midieron las distancias, y Márcos y Zea se colocaron frente á frente con el arma en la mano. Una sonrisa alegre vagaba por los labios del primero. El segundo parecía encorvado bajo el peso de una horrible desesperacion.

Los padrinos dieron la señal. En el si-